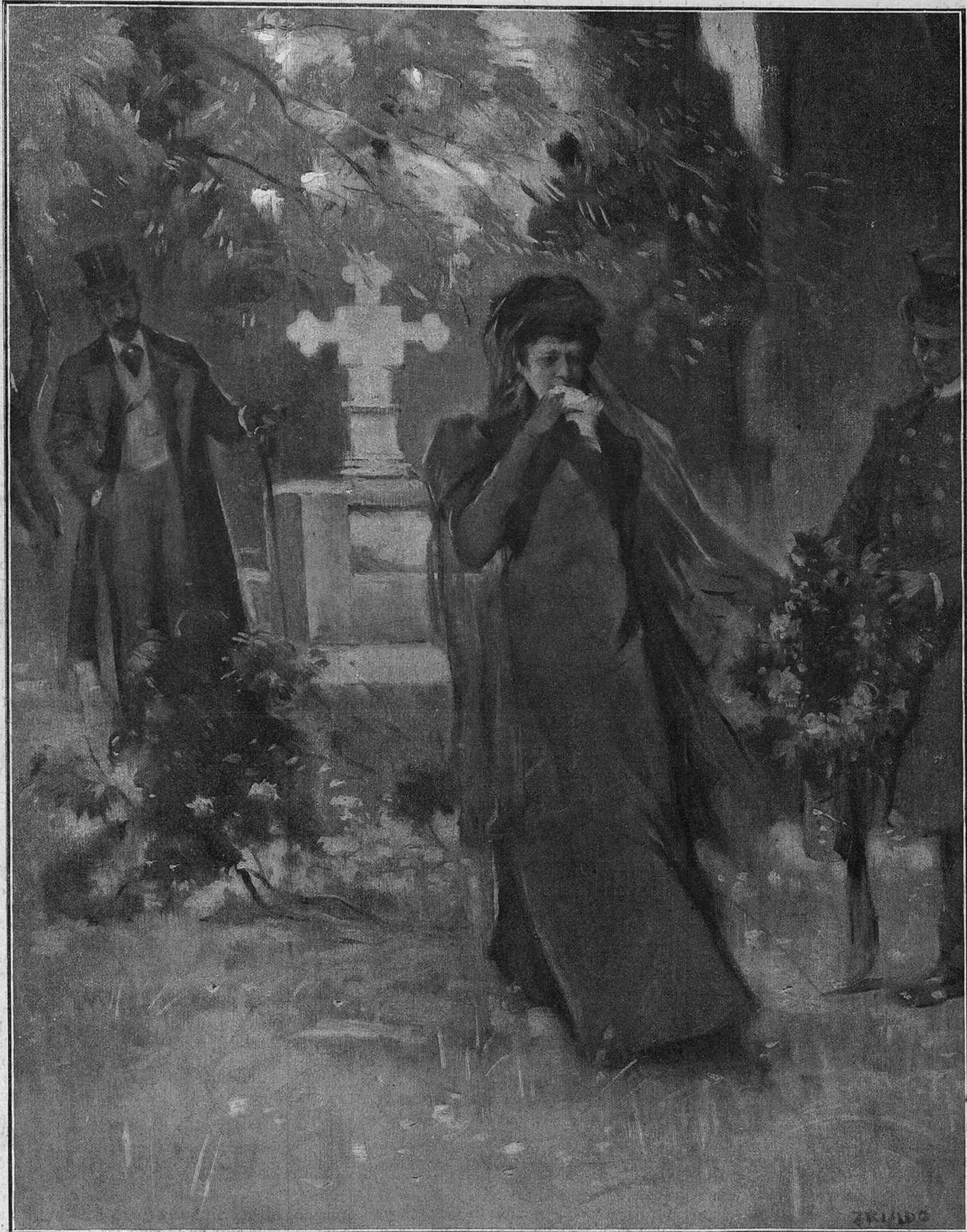


Ilustración Artística

AÑO XXIV

BARCELONA 30 DE OCTUBRE DE 1905

NÚM. 1.244



DÍA DE DIFUNTOS, dibujo de José Triadó

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la serie del presente año, que es EL LIBRO DE ORO DE LA VIDA.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *La felicidad y el amor*, por Noguera Oller. — *Monumentos funerarios*. — *La acción microbiciada de las pinturas murales*. — *Dos estrenos en París*. «*Don Quichotte*» «*Dans les bas fonds*» — Bellas Artes. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Una cadena*, novela ilustrada (continuación). — *La caricatura en España*. *Tovar*. *Verdugo*. *Xaudaró*, por Manuel Carretero.

Grabados.—*Día de difuntos*, dibujo de José Triadó. — Dibujo de Begg que ilustra el artículo *La felicidad y el amor*. — *El escultor y la Muerte*, escultura de Daniel Chester Frank. — Escultura de José Campeny. — *El beso de la Muerte*, escultura de Federico Klimsch. — *Monumentos funerarios del cementerio del Sudoeste de Barcelona*, obras de T. Sabater y L. Albareda, arquitectos, y de R. Atché, J. Campeny y J. Llimona, escultores. — M. Leloir en el papel de D. Quijote y M. Brunot en el de Sancho Panza del drama heroico-cómico «*Don Quijote*». — *Una escena del drama de Máximo Gorki «Dans les bas fonds»*. — *Máximo Gorki*. — *Beethoven*, cuadro de M. Wulff. — *Santa Isabel de Hungría*, cuadro de O. Berner. — *Talleres Vallmitjana*. *Torno de reducción y volante de fricción*. — *Medalla conmemorativa del viaje del presidente de la República Francesa á España*, modelada por A. Querol. — *Enrique Irving*. — *Tovar*. — *La risa y el dolor*. *La última palabra del progreso*. *La sorpresa y la admiración*, caricaturas de Tovar. — *Verdugo*. — *Ascórraga*. *Villaverde*. *Vadillo*. *Weyler*. *Maura*, caricaturas de Verdugo. — *Mi abuelo*. *Mi tío*. *Mi padre*. *Yo*, caricaturas y retrato de J. Xaudaró. — *M. Jacobo Faure*.

CRÓNICA DE TEATROS

La Comedia, la Princesa y el Español tienen ya abiertas de par en par sus puertas: lo que hace falta ahora es que por ellas entre el público, cosa que, á juzgar por los comienzos, no ha de ser tan fácil como á simple vista parece.

La primera inauguración ha sido la del teatro de la Comedia. Púsose en escena aquella noche *La loca de la casa*, y vimos, desempeñando el papel de protagonista, á Rosario Pino. La linda y excelente actriz, completamente restablecida de su penosa enfermedad, puede contar la noche de la inauguración de la temporada en la Comedia como uno de sus mayores triunfos. El papel de Victoria abunda en delicados matices y en exquisitos pormenores psicológicos que la Pino hizo resaltar con arte primoroso. Esbelta, elegante, con suavidades de acento que llegaban insinuantes hasta el corazón del espectador, pasó por la comedia de Galdós derramando á manos llenas flores de tierna y dulce poesía.

Por desgracia, sus compañeros en la interpretación de *La loca de la casa* se quedaron á muy larga distancia de la actriz. El mismo Borrás no acertó á traspasar los límites de la discreción.

Pocos días después de la fiesta inaugural comenzó la serie de los estrenos, y con el primero empezó Cristo á padecer.

Sabido es que hay muy malas lenguas y que, unas conscientes y otras inconscientemente, no se dan punto de reposo en la poca caritativa tarea de maltratar al prójimo. Según Ramos Carrión, cuya es la obra á que se refieren estas líneas, todos somos «redactores orales» de *La crónica escandalosa*, «periódico hablado» que corre de boca en boca abultando unas veces los sucesos, inventándolos otras é inclinándose siempre á dar por cierto lo peor. «La crónica escandalosa», que es por decirlo así el órgano oficial del gran «Galeoto», causa víctimas sin cuento, entre ellas Celeste, una joven muy romántica, pero muy formal, y Fernando, un hombre de mucho talento y muy buena persona. Celeste y Fernando se amaban; pero una calumnia que el autor no nos dice cuál fuese, hizo que sus relaciones se rompieran. Celeste, fiel á su amor, permanece soltera, pero Fernando se casa, y con tan poco acierto elige esposa, que al cabo de pocos años tiene que separarse de ella. En un balneario se encuentran los dos amantes; Celeste cree viudo á Fernando; reavivase el fuego no extinguido de su amor; pero cuando descubre su engaño y averigua que la mujer de Fernando vive, rechaza la proposición que éste le hace de casarse con ella, nacionalizándose en un país en donde existe la ley del divorcio, y sacrifica su amor en aras de su fe y de sus deberes de mujer cristiana.

Tal es, brevemente contado, el argumento de la comedia de Ramos Carrión, obra de corte un tanto anticuado y de escaso interés, pero que de seguro no habría sido tratada con tanto rigor si los intérpretes de ella, de Borrás para abajo, no la hubieran ejecutado en el sentido jurídico de esta palabra.

Tampoco la fortuna ha favorecido al dé la Princesa. En la función inaugural de este teatro se estre-

nó la traducción de la comedia de Giacosa titulada *Tristes amores*. Más triste que estos amores fué la manera que el público tuvo de acogerlos; que nada más triste en el teatro que la risa del público cuando el autor se propone hacerle llorar.

Este efecto debió producirlo, no la obra, que está bien construída y que revela ingenio, honradez artística y conocimiento del teatro, sino su desastrosa interpretación. En esta comedia desempeñaron papeles importantes racionistas á los que quizás habría venido un poco ancho el decir sin trabucarse, verbigracia: «La señora está servida.» Matilde Moreno y Paco Ortega, que son los dos artistas de más cartel que hay en la Princesa, no entendieron tampoco los caracteres por ellos representados, ó si los entendieron no acertaron á darles vida. En fin, aquello fué un desastre. Ciertamente, si las compañías de los grandes teatros madrileños no mejoran mucho, el público acabará por desertar totalmente de ellos para llenar los de género chico, en donde las obras suelen ser detestables, pero donde las compañías son más completas y mejores que las de género grande.

Especialmente la de Lara es inmejorable: las obritas que allí se ponen en escena, por endebles que sean, se representan á la perfección, y el público que llena todas las noches el lindo teatro de la Corredera sale siempre de él complacido y regocijado. Para Balbina Valverde no pasan los años: su incomparable naturalidad, su gracia y su ingenio, ahora como siempre, se llevan de calle á los espectadores; actrices excelentes son también la Rodríguez, la Ruiz, la Domus, la Alba, que juntamente con Rubio, Simó y Barraycoa constituyen un admirable conjunto, con el que ha venido á sumarse el talento de Palanca, que ha dejado en el Español un vacío muy difícil de llenar.

También han empezado en Lara los estrenos. El primero ha sido el de un sainete de Gabriel Briones titulado *Baile de cabezas*, que entretiene agradablemente al público y que es desempeñado con primor.

La solemnidad teatral más grande en estos comienzos de temporada es la inauguración del teatro Español. Había que ver la sala del «clásico coliseo» la noche del 21. En plateas, palcos y butacas lucían su belleza y elegancia las mujeres más distinguidas de Madrid, y no faltaban tampoco los hombres más conocidos en los círculos elegantes, artísticos y literarios. La obra elegida para la fiesta inaugural fué el drama trágico de Calderón *El médico de su honra*. Nada hubo que pedir al decorado, á la indumentaria, á la *mise en scene*. La imaginación se trasladaba sin esfuerzo al siglo XIV, veía las moriscas estancias del Alcázar de Sevilla, los jardines frondosos de las orillas del Guadalquivir, las tortuosas callejuelas de la capital andaluza y sus caserones señoriales. No hay dificultad que Fernando y María, artistas de exquisito gusto, no venzan para que las obras por ellos representadas alcancen la mayor perfección posible. Un pintor podría hacer hermosos cuadros solamente con copiar los que presentan en la escena los directores del Español.

El médico de su honra es uno de los dramas más duros, ásperos y rígidos del autor de *La vida es sueño*. Aun en la misma época en que el autor lo escribió, el fanatismo que por su honor siente Gutierre debió de parecer exagerado. Cierta que la tradición nos conserva el recuerdo de hombres tan ferozmente celosos de su honor conyugal como el Veinticuatro de Córdoba, el cual enterado de los engaños de su esposa, la degüella, mata también á su cómplice, á los criados de la casa y hasta á un loro, para que no haya lengua que pueda repetir la historia de sus desdichas. Pero el Veinticuatro de Córdoba tenía la evidencia de su deshonor y Gutierre Alfonso la tiene de que su esposa es inocente, y sin embargo la asesina, y no por sus manos en un momento de furor, como Oteló, sino calculando fríamente el medio de matarla sin que pueda sospecharse que él es el matador.

Conocido es el argumento de este drama cruel y sombrío como ningún otro de Calderón. D. Gutierre Alfonso se ha casado con una noble dama sevillana llamada Mencía. A esta señora la había cortejado en vano, de soltera, D. Enrique de Trastámara, porque, como ella misma dice al infante,

...es para dama más
lo que para esposa menos.

Cierta día, D. Enrique, herido á causa de la caída de un caballo, es conducido por sus criados á la quinta en que vive Mencía con su esposo. Al verla casada, exáltase su antiguo amor, y días después, aprovechando la ausencia de Gutierre y sobornando á una criada, el de Trastámara logra entrar en la casa de Mencía. Sobreviene el marido, huye el infante perdiendo su daga, y comienzan las dudas y

celosas cavilaciones de D. Gutierre. Más que sus celos le preocupa la idea de su honor, no manchado, sino eclipsado por mentirosas apariencias. Pero él no necesita ver nada para castigar sangrientamente á su esposa, porque hombres como él

no ven, basta que imaginen,
que sospechen, que prevengan,
que recelen, que adivinen,
que... no sé como lo diga,
que no hay voz que signifique
una cosa que no sea
un átomo indivisible.

En virtud de estas prevenciones decreta el feroz D. Gutierre la muerte de su esposa, y para cumplirla de modo que no dé lugar á sospechas de asesinato, busca á un sangrador y le obliga á que haga á doña Mencía una sangría suelta.

Con razón dice el conde de Schack hablando de *El médico de su honra* «que es esta una tragedia horrible, repugnante y ofensiva á nuestras ideas, pero vaciada en el molde de las morales, reinantes entonces en España, con arreglo á las cuales el sentimiento del honor degenera en verdadero fanatismo.»

El efecto que la representación del drama causó en el público fué de horror, no de horror trágico que al mismo tiempo que nos aterra nos deleita, sino de ese sentimiento de espanto en el cual entra por mucho la repugnancia. A una señora le dió un accidente durante la escena del sangrador, y la verdad es que el caso no era para menos.

Después del golpe que el bueno de Sardou dió á nuestro *Don Quijote*, le ha asestado otro aún más formidable el poeta Richepin. ¡Pobre hidalgo manchego, padeciendo siempre desafueros y tropelías! Y la última que se le ha hecho ha sido morrocotuda. Según se desprende de lo que escriben los críticos de París, el *Don Quijote*, drama heroico-cómico estrenado recientemente en la Comedia francesa, es una especie de burda pantomima en que se desvirtúan y falsean los caracteres del hidalgo ingenioso y de su escudero Sancho, y en que se hacen mangas y capirotes del libro inmortal.

Entre otros desatinos del poeta francés, es uno de ellos el de hacer á Don Quijote tío de Dorotea y á ésta amante de Cardenio. En el primer cuadro don Fernando roba á Dorotea, y de esta escena arrancan todas las demás de la ridícula farsa.

Merece leerse lo que los periódicos franceses dicen de la *mise en scene* de este *Don Quijote* adulterado. Dorotea sale de sombrero calañés, los cuartos de las posadas son elegantes camarines moriscos y los molinos manchegos agitan sus aspas sobre montones de rocas.

Es triste cosa que nuestros vecinos, cuando hablan de España, la conviertan en un país de pandereeta. Un escritor de los que dan cuenta del estreno, al hablar del robo de Dorotea dice que fué robada á la luz de la luna y al son de guitarras, según (*sic*) la moda española. Según se ve, para el articulista francés es entre nosotros cosa corriente robar á las muchachas al compás de guitarras y bandurrias.

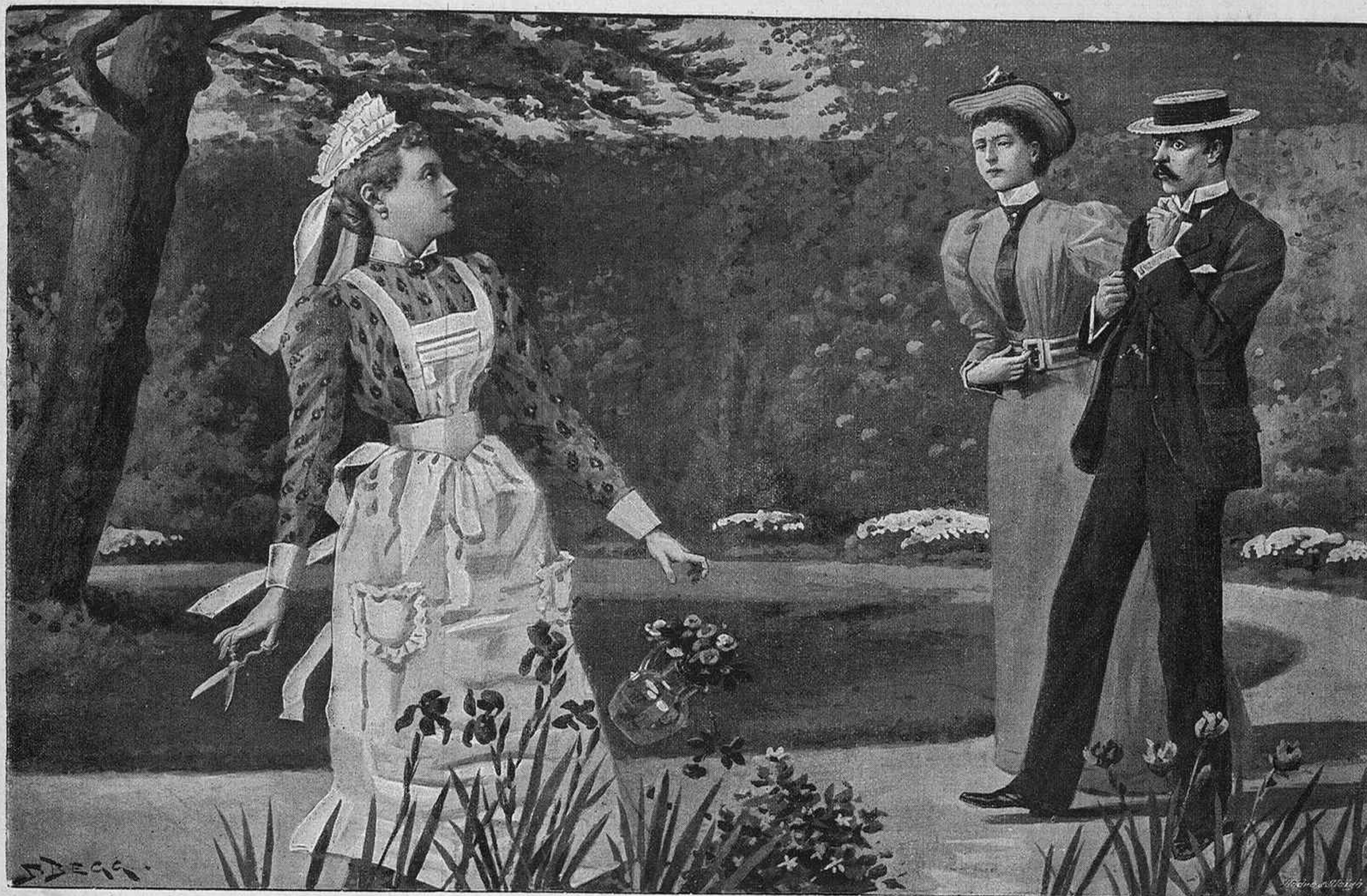
De este concepto que de nosotros tienen los franceses, alguna culpa nos alcanza á los españoles. Lo que aquí ensalzamos más es todo lo que se refiere al *flamenguismo*. Sin ir más lejos, momentos antes de escribir las presentes líneas he leído en un periódico de gran circulación un artículo necrológico dedicado á un picador de toros muerto á consecuencia de una costalada. No pasa día sin que las hojas de los diarios más afamados no vengan llenas de revistas de toros, y no hay pintor ni pintamonas que no embadurnen sus lienzos con figuras de majas, chulas y toreros. De aquí nace que los extranjeros que llegan á España, antes que por sus monumentos y museos pregunten por los colmados, tabernas y cafés cantantes, llevándose, cuando tras breve visita regresan á su país, divisas y banderillas ensangrentadas y pandereetas en cuyos parches están pintadas con abigarrados colorines escenas de guitarra y baile flamenco.

De todos modos, tratándose de una obra inmortal que se halla á la misma altura que la *Ilíada* ó *La Divina Comedia*, lo menos que puede pedirse á los que en ella se atreven á poner mano es que la conozcan á fondo, que estén penetrados de su espíritu y que hayan estudiado el medio en que la acción de esa obra se desarrolla.

Hacer de ella una farsa grotesca, quitarle su grandeza, destrozarla neciamente, es á la verdad cosa que merece castigo igual que el que aplicó D. Quijote á las figurillas del retablo de Maese Pedro.

En una palabra, el *Don Quijote* de Richepin, sobre demostrar el poco seso de su autor, no habla muy alto en pro de los directores de la Comedia francesa.

ZEDA.



Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés

LA FELICIDAD Y EL AMOR

Confieso ante todo que creo en la existencia de muchos seres que, á pesar de estar dotados de cierta firmeza de carácter y regular percepción de las cosas, alternan con el mundo para sufrir toda la vida; á menudo he tropezado con personas prematuramente envejecidas que han hecho humedecer mis ojos con el triste relato de sus infortunios, y por algo fatalmente cierto se ha convenido en decir que habitamos en un mundo de lágrimas; sin embargo, me atrevo á afirmar que una gran parte de los seres que asisten como una sombra al luminoso espectáculo de la vida, deben sus pesares á la falta de serenidad.

¡Ser feliz!.. Sueño dorado de todas las almas; motor de todas las maquinaciones; tierra de promisión de toda suerte de peregrinajes, cuando á mi entender no es cuestión de ir hacia la felicidad, sino en saber alternar con ella.

Cuando queremos alegrarnos en una festividad, lo primero que procuramos es vestirnos de fiesta; deberíamos convenir, por lo tanto, en que es casi imposible ser feliz si ante todo no engalanamos nuestro espíritu con flores de felicidad.

Quisiera que mis lectores, principalmente los jóvenes que entran de lleno en la algarada del mundo, profundizasen sobre mi opinión. La vida no es más que una serie de resultados que sumándose entre sí forman el total que leemos en la hora de la muerte; y como sea que uno de los sumandos de mayor importancia que juega en el problema de la vida es el amor, por eso llamo con preferencia la atención de la juventud.

Amese bien y no ciegamente, como sucede en la mayoría de casos; libre de todo interés que esté reñido con la sublimidad del amor; sin otro cálculo que el de realizar una comunión perfecta de ideas y sentimientos con el ser amado; no amando nunca por puro capricho, sino porque el objeto que nos inspire el amor sea digno de él, y hallaremos la felicidad, que brota únicamente de una pasión serena, durable y verdadera.

Siendo las narraciones lo que más comúnmente comprueban la bondad de los procedimientos, puesto que se pueden apreciar en su aplicación á los hechos arrancados de la vida real, me permitiré hablaros de Isolina, institutriz en casa de los Sres. de Doar.

Su padre, hombre de poco corazón, había cifrado todo su sueño de felicidad en poseer una gran for-

tuna; vivía inquieto; amontonaba oro para exponerlo continuamente en empresas gigantescas inspiradas sólo por una ambición desmedida, y como la fatalidad se cerniera sobre sus cálculos, vino día en que barrió todos sus planes del porvenir, hundió su obra de ambición, y el descrédito, seguido de una miseria espantosa, envolvió á su familia. Los periódicos se ocuparon de un suicidio, y madre é hija cayeron violentamente en el sotabanco de la sociedad.

Sobre sus cabezas rodaron los mismos coches que ellas habían ocupado, y ensordecidas por el estruendo de los que seguían luchando por la vida, no acertaban á tomar un partido que las pusiera á flote. Isolina fué la que experimentó todo el peso de la desgracia. Tenía un carácter firme, luchador; y como nunca hubiese creído que la felicidad proviene del dinero ni de sus joyas, hubiese resultado extraño su abatimiento, si no tuviera por causa otro suceso que en aquellos apurados instantes la hacía verdaderamente infeliz.

Andrés, quizá el más ínfimo dependiente de las oficinas de su difunto padre, al que secretas y apasionadas promesas de amor le unían á ella, no se presentaba; nada sabía de él, y si en un principio temía por su salud, más tarde llegó á sospechar lo que al propio tiempo que la sumía en atroz desencanto, debía cambiar las ideas que abrigaba respecto al amor.

Andrés no la había amado nunca; su insaciable sed de honores y riquezas que habría habido de sospechar, le apartaban de ella, pobre niña que, abandonada de la suerte, tendría que luchar por el pan como una simple proletaria.

Y entonces Isolina se alegró en lo profundo de su alma, secó sus ojos y dijo á su madre, que no acertaba á explicarse el cambio que se operaba en su hija:

—La pérdida reparable de nuestra fortuna me ha librado de una irreparable desgracia: la pérdida de mi felicidad. Mi corazón gozaba de un engaño; libre de él, soy dueña de mi porvenir. Si á vos, madre mía, os hubiese acontecido lo propio...

—Hija mía...

—Respeto su memoria, pero mi padre era otro Andrés, que prefiriendo la felicidad material marchó en contra de la felicidad verdadera... ¿Fué feliz acaso un solo momento de su vida?... ¿Lo hemos sido nosotras?..

—Así va el mundo..., profirió su madre en un triste suspiro. ¡Qué le vas á hacer!..

—Amar únicamente lo que sea digno de amarse. Y besando á su madre, se encerró en su humilde aunque limpia habitación de blanqueadas paredes.

La desgracia quiso que en su peregrinaje por la ciudad en busca del sustento hallase únicamente á industriales poco escrupulosos, lo que la decidió á aceptar el propósito de colocarse como institutriz en alguna casa de aristócratas.

Llamó á la puerta de los Sres. de Doar y fué atendida.

Muy pronto se granjeó la amistad de la señorita Marta, joven de diez y ocho años con escaso conocimiento del mundo, que vivía atormentada en medio de las grandezas de su casa por un amor que consideraba imposible, dado el carácter severo de su padre.

—¿Es usted correspondida?, preguntóle dulcemente cierta tarde mientras acariciaba los deliciosos bucles de la traviesa Anaís, pequeñuela de la familia.

—Me ama tanto, que en esto consiste toda mi pena. Desea verme, escribirme, sin hallar el medio para que nuestra correspondencia escape de la vigilancia de mi padre... Toda mi felicidad consistiría...

—Puedo procurar á usted esta felicidad, Marta... Mi casa será un asilo seguro...

Y así fué en efecto. Cada mañana, al presentarse Isolina en casa de los Sres. de Doar, entregaba furtivamente un sobre cerrado á la señorita Marta, contenta de procurar por la felicidad ajena. Lejos de sentirse ofendida por el lujoso espectáculo á que concurría huyendo de la miseria, olvidaba su pasado de ostentación y hubiese querido poder dotar al novio, á pesar de no conocerle, de todos aquellos atributos que pudieran arrancar del Sr. de Doar el anhelado consentimiento.

Esforzándose en este noble propósito, había logrado de la madre de Marta, que la tenía en mucha estima por las relevantes dotes que la adornaban, la necesaria complacencia para que insinuase en el corazón de su marido la lucha entre su inflexibilidad y el cariño que indudablemente profesaba á su hija.

Así las cosas, creyóse en el deber de aconsejar á su protegida que combatiese todo exceso irreflexivo en amor.

—Debemos amar serenamente, la decía, puesto que de ello depende la felicidad de nuestro porvenir. Y para dar fuerza á sus palabras, le reveló la equivocación que había sufrido su alma, sin darse cuenta que al descubrir un suceso tan importante de su

vida, se hallaba obligada á contar toda su historia.

Marta volvióse reflexiva en un principio, debido sin duda alguna á esta clase de conversaciones; escuchaba á la noble institutriz como á un enviado de la felicidad; llegó á sospechar del mundo y aprendió á andar sigilosamente, puesto que de los días de nuestra juventud parten los años de la vejez.

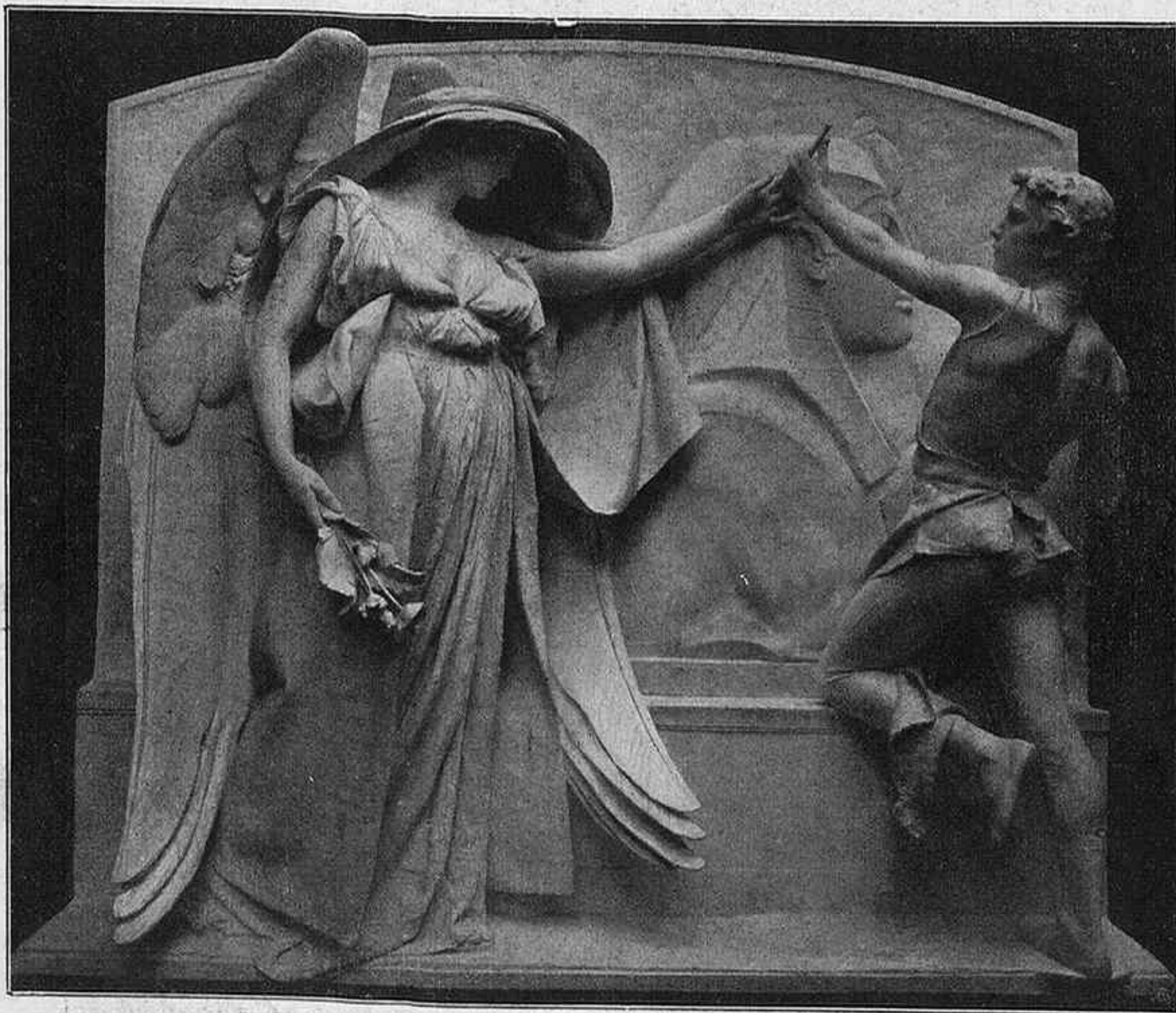
Isolina notaba este cambio, pero lo que la extrañó

eterna; la creencia de que con ellas hemos de reunirnos cuando termine nuestra misión en la tierra, todo se presta á hermosos símbolos y á sentidas alegorías, ofreciendo ancho campo, así á las composiciones más realistas, como á las inspiradas en el idealismo más puro. Por esto vemos procedentes de las más diversas épocas y existentes en los más diversos países esos soberbios mausoleos en los que la escultura y

la arquitectura, estrechamente hermanadas, han perpetuado la memoria de un hombre uniéndola á una obra de arte que ha sido la admiración de las posteriores generaciones.

Mas aun fuera de este género monumental, grandioso, tiene el artista medios de exteriorizar lo que lleva en el fondo de su alma, consagrándose á labor más modesta en sus proporciones, aunque no menos interesante, ni menos á propósito para que en ella pueda darse forma á un pensamiento sublime, á un sentimiento profundamente tierno é intensamente trágico.

Visítense los cementerios de todas las ciudades y se verá comprobada la verdad de este aser-



EL ESCULTOR Y LA MUERTE, escultura de Daniel Chester Frank

sobre manera fué que á medida que aumentaban las atenciones de la familia Doar para con ella, Marta se ponía triste y meditabunda. Sin embargo, este fenómeno duró muy pocos días, y Marta pronto apareció nerviosamente dichosa.

Una tarde en que Isolina se hallaba en el florido jardín de la casa haciendo un ramo de flores, oyó muy cerca de sí el crujir de la arena. Incorporóse sin sospechar la ruda prueba que la aguardaba. Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés.

Lo que pasó por su alma es indescriptible. Ella, que se había esforzado tanto en hacer feliz á su protegida, no había hecho otra cosa que abismarla en la infelicidad.

Pero la señorita Marta, que observaba la culpable turbación de Andrés, acudió á consolar el alma de Isolina hablando de esta forma:

—Usted, buena amiga, que me ha instruído en lo que debe ser el amor y la felicidad, deseo que en estos momentos me tome la lección...

Y dirigiéndose sarcásticamente á su novio continuó:

—Caballero, hay casualidades que cambian el aspecto de las cosas. Afortunadamente, á través de sus fementidas cartas he leído un pasado que le humilla á nuestros ojos... Puede usted marcharse.

NOGUERAS OLLER.

(Dibujo de Begg.)

MONUMENTOS FUNERARIOS

El culto á los muertos, que se remonta á los tiempos más antiguos y que en todos los pueblos, aun en los más primitivos, encontramos, tiene una de sus más visibles é interesantes manifestaciones en los monumentos funerarios que á la memoria de los que fueron dedican los que en este mundo les han sobrevivido.

El arte, que siempre ha sido poderoso medio de expresión de los sentimientos humanos más nobles y más levantados, no podía menos de ponerse al servicio de este culto, en el que necesariamente había de encontrar manantial abundante de inspiración: las ideas que despierta en nuestra mente la Muerte; las cualidades de que estuvieron adornadas las personas cuyo recuerdo perdura en nosotros; la fe que nos hace creer en su existencia ultraterrena; la esperanza de que en otro mundo gozan de la bienaventuranza

de ultratumba en nosotros engendra se traducen en las expresiones más diversas.—X.

to. Al lado de los más suntuosos panteones, en donde la estatuaría ha hecho verdadero derroche de riqueza, vese á lo mejor una modesta tumba en la que el artista ha encerrado en un relieve, en una figura, algo muy hondo, algo que obliga á levantar muy alto el pensamiento, algo que deja una emoción muy viva en nuestro corazón.

Los temas que á la escultura funeraria se ofrecen, aun cuando á primera vista pueden parecer limitados, son infinitos, como todos los que nacen de una idea que la inteligencia humana es incapaz de abarcar en toda su extensión. Y aun dentro de un mismo tema son tan innumerables los matices que en él pueden descubrirse, que un artista devalla sabrá siempre mostrarse original en aquello mismo que haya sido antes tratado por otros muchos.

Como demostración gráfica de las indicaciones anteriores pueden servir los ejemplares que en esta y en la siguiente página reproducimos: desde la escultura de corte clásico del norteamericano Chester Frank, hasta los majestuosos ángeles de Campeny; desde la sentida composición del berlinés Klimsch, hasta las hermosas figuras modeladas por Limona y Atché, el misterio de



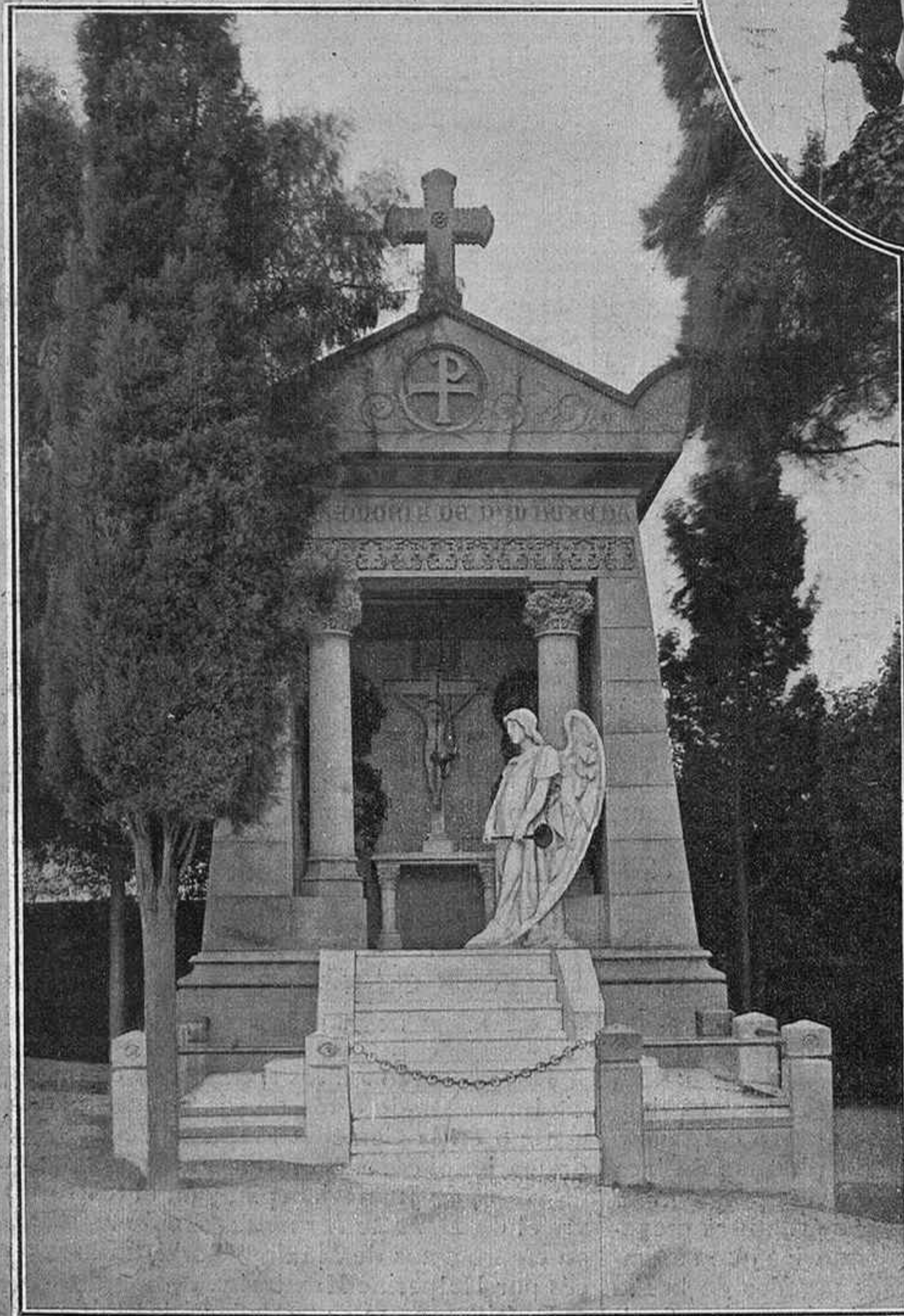
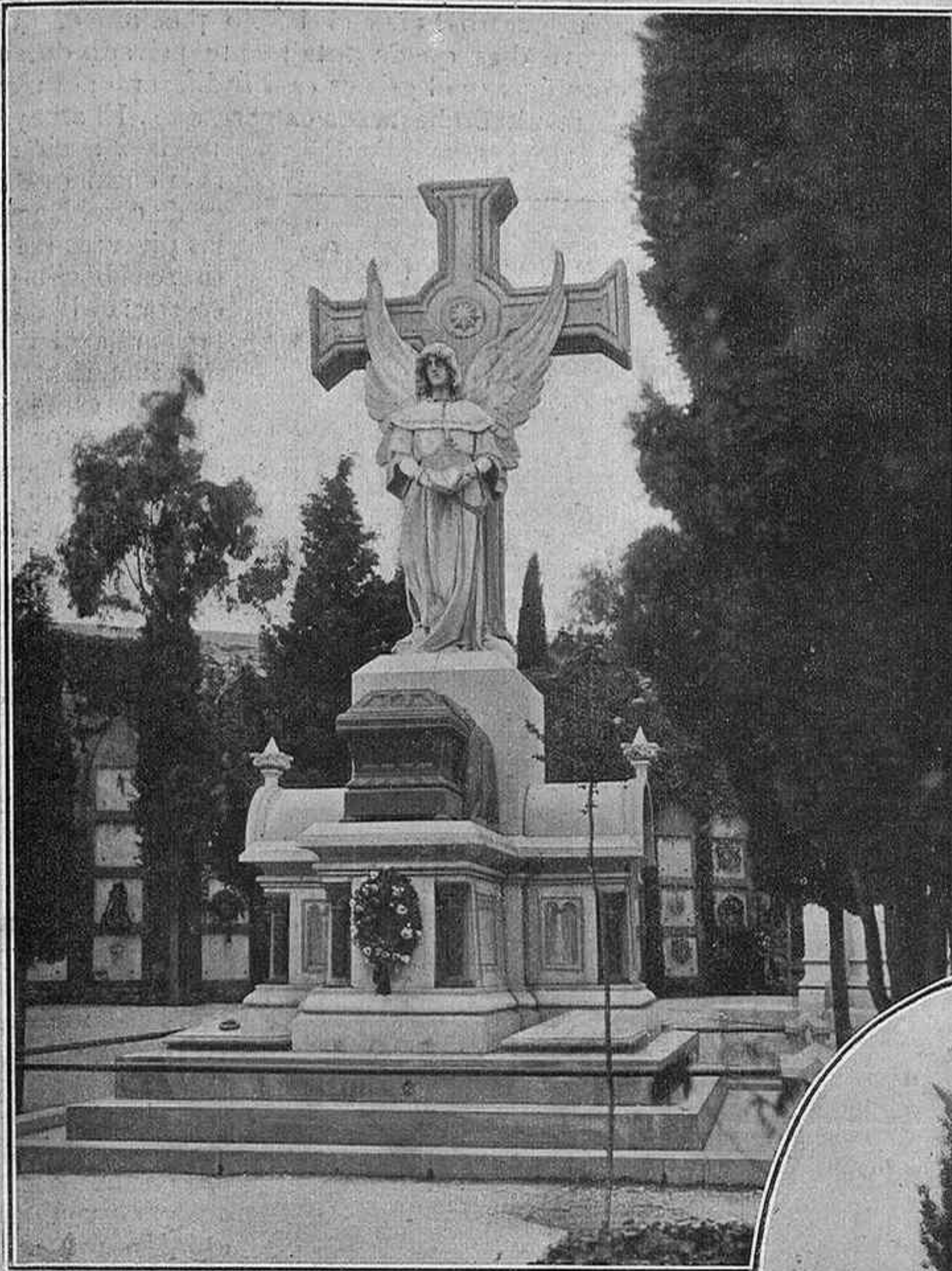
Escultura de José Campeny, destinada al panteón de D. O. Zaragoza en el cementerio del Sudoeste de Barcelona

la Muerte se nos aparece en las más distintas formas, y los sentimientos que la creencia en la vida



EL BESO DE LA MUERTE, escultura de Federico Klimsch

de ultratumba en nosotros engendra se traducen en las expresiones más diversas.—X.



Monumentos funerarios del cementerio del Sudoeste de Barcelona.— Panteón de la familia de Carreras y Campá (arquitecto, Tiberio Sabater; escultor, Rafael Atché). — Panteón de la familia Llibre (arquitecto, Leandro Albareda; escultor, José Campeny). — Panteón de la familia Buxeda (arquitecto, Leandro Albareda; escultor, Rafael Atché). — Panteón de la familia Carbonell (arquitecto, Albareda). — Angel de la tumba de la familia Llopert, escultura de José Llimona.

LA ACCIÓN MICROBICIDA

DE LAS PINTURAS MURALES

Gracias á la campaña emprendida por el Touring Club de Francia contra la rutina de las antiguas fonda- das, los cuartos medio- evales con cortinajes, pabellones, etc., tienden al fin á desaparecer para ser substituídos por otros más sencillos, blanqueados con cal, los verdaderos cuartos Touring, limpios, claros y gratos á la vista. En los hoteles, muy pocos en número todavía, que han entrado en esta senda feliz de transformación, no se ven ya papeles sucios y mugrientos, sino paredes brillantes como el mármol, camas de bronce, muebles de pino, es decir, nada de lujo, pero sí un confort sin pretensiones.

Al preconizar las pinturas murales en vez de los papeles pintados, que no solían cambiarse sino cada medio siglo; al reclamar tan provechosamente sus famosas habitaciones higiénicas que tanto han llamado la atención en la exposición celebrada últimamente en París, con motivo del Congreso Internacional de la Tuberculosis, y una de las cuales reproducimos en el número anterior, ¿sospechaba el Touring Club que se hacía apóstol de las doctrinas antisépticas? No lo sabemos; pero de todos modos reclamaba y propagaba el imperio de la limpieza; porque esas pinturas murales tienen, desde el punto de vista de la higiene de la habitación, una importancia considerable. Múltiples estudios hechos en Alemania, en Italia y más recientemente en Francia demuestran que esas capas colorantes ejercen una verdadera acción microbicida.

Deycke es el primer autor que se ocupó de este asunto, y comprobó que gérmenes patógenos depositados en la superficie de las paredes pintadas á la cola ó con el producto denominado anfíbolina, habían desaparecido ó perdido sus cualidades nocivas al cabo de cierto tiempo. En vista de esto, multiplicó los experimentos de la manera más sencilla. Sobre pequeñas planchas de madera, lisas unas, rugosas otras, ó sobre planchas de cristal ó de cemento, se extiende una capa de pintura, y cuando ésta está bien seca, se pone en ella un cultivo de microbios, dejando la plancha resguardada y á una temperatura análoga á la de las habitaciones; de cuando en cuando se saca una partícula del barniz ó de la pintura, se siembra el producto en un caldo ó en gelatina extirpado y se anotan los resultados. Vito Lo Bosco ha hecho análogos experimentos en las paredes blanqueadas con cal ó revestidas de estuco, de colores de cola ó de barniz. Lidia Rabinovitch ha estudiado más especialmente el microbio más peligroso en los cuartos habitados, el bacilo tuberculoso, y al igual que otro experimentador, Jacobitz, ha observado que la acción de los colores era perfectamente bactericida, pero que variaba mucho en cuanto á intensidad y rapidez, según la índole del color.

Los mejores resultados se han obtenido con los

colores de porcelana esmaltada, en los que, al cabo de cuatro días, no se encuentra vestigio alguno del vibrión del cólera ni del bacilo de la difteria. El bacilo de Eberth (fiebre tifoidea) y el estafilococo dorado, microbio de la supuración, desaparecen al octavo día; la bacteria carbonosa es más resistente,

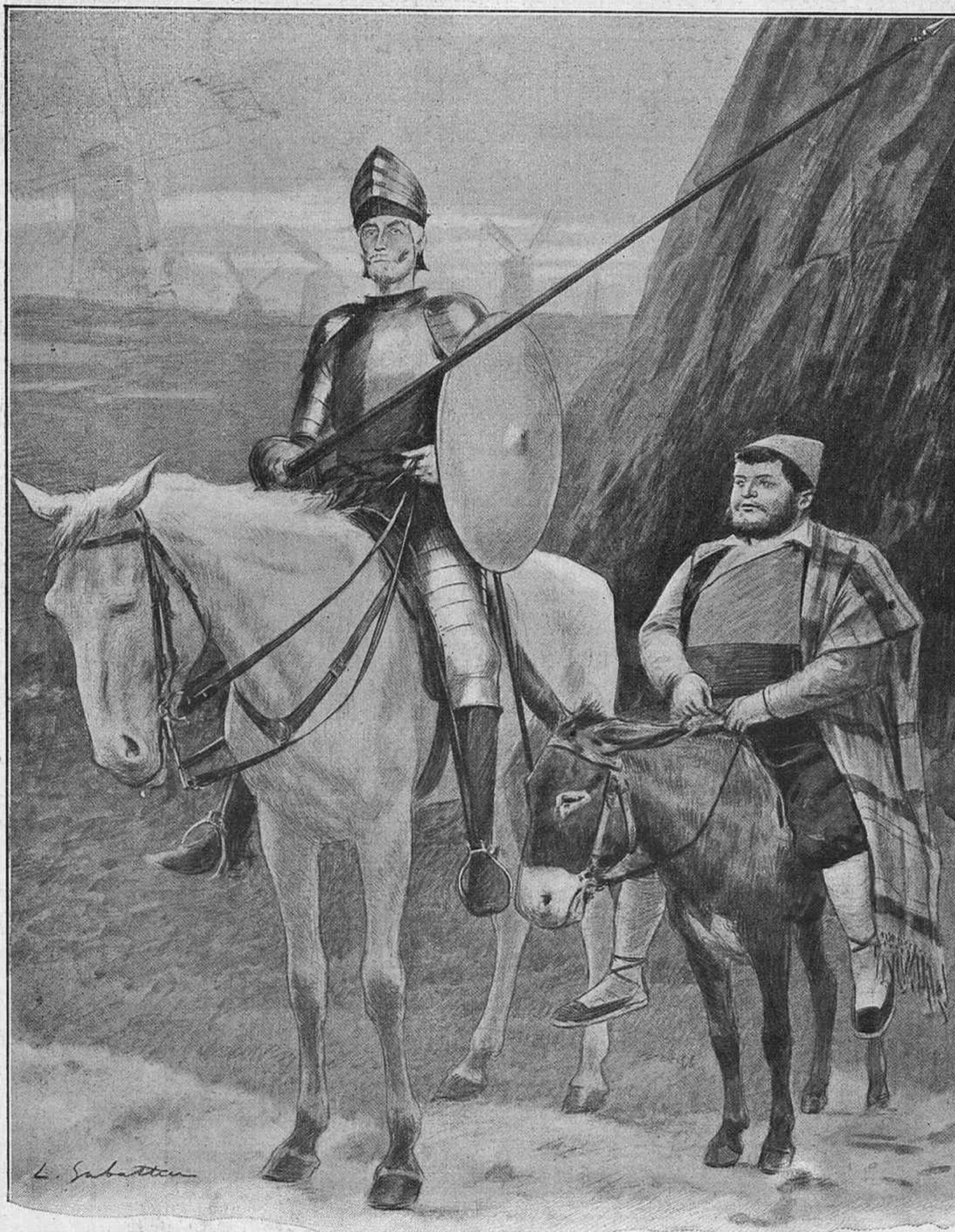
No todos los colores obran con la misma intensidad; el azul ultramarino, por ejemplo, neutraliza en veinticuatro horas el bacilo piocianico, que á los nueve días queda totalmente privado de su poder cromógeno; el gris es casi indiferente; el marrón no da resultado hasta los catorce días. El albayalde tiene una acción mucho más eficaz que el blanco de cinc. En resumen, las pinturas más activas sobre el bacilo piocianico son: el blanco Routtand, el azul ultramarino, el amarillo Routtand y el albayalde; y en orden de mayor á menor, aunque de acción menos marcada, el verde y el rojo Ripolin, el blanco de cinc, el marrón y el gris.

En cuanto al bacilo láctico, el orden es el siguiente: amarillo Routtand, el azul ultramarino, el rojo Ripolin, el albayalde, el blanco de cinc, el amarillo, el blanco Routtand, el verde Ripolin y el negro.

La acción bactericida de las pinturas murales es indiscutible; pero ¿cuál es su mecanismo? Respecto de esto hay tantas opiniones como experimentadores. No trataré de discutir las; creo que hay que ser ecléctico y adoptar una opinión mixta. Intervienen en ello varios factores, en primer término, las substancias químicas, más ó menos tóxicas y que ya por sí mismas tienen un poder bactericida, que entran en la composición de los colores; el grado de sequedad más ó menos rápida del revestimiento; las condiciones de alumbrado, de luminosidad y de ventilación; la porosidad de las superficies revestidas, su lisura; en una palabra, una porción de elementos que hay que tener en cuenta. Las pinturas de esmalte y las lacas son, en resumidas cuentas, las que, en igualdad de circunstancias, dan mejores resultados.

Como conclusión de todo lo expuesto, puede sentarse la afirmación siguiente: nada de papeles, nada de cortina-

jes en las habitaciones, y á falta de mármol, pinturas murales que puedan ser lavadas.—Dr. C.



Don Quijote (M. Leloir)

Sancho Panza (M. Brunot)

«DON QUIJOTE», DRAMA HEROI-CÓMICO, EN TRES PARTES Y OCHO CUADROS Y EN VERSO, DE JUAN RICHEPIN, estrenado en el teatro de la Comedia Francesa, de París

necesitándose un plazo de treinta días, por lo menos, para que las siembras resulten estériles. Con los colores al óleo, á base de albayalde ó de óxido de cinc, los efectos son también constantes, aunque menos rápidos; y con otros revestimientos colorados, como la anfíbolina, y la hiperolina, se requiere mucho tiempo para ver destruídos los gérmenes.

Un joven doctor de la Universidad de París, M. Beaufils, ha querido darse cuenta del modo como obran estos colores, estudiando especialmente su acción sobre las propiedades cromógenas del bacilo piocianico y sobre el poder fermentativo del bacilo láctico. Para ello se ha valido de pinturas de laca de marca comercial, Ripolin rojo y verde y Routtand amarillo y blanco á base de cinc; de pinturas preparadas por profesionales, escogiendo las que se emplean en el revestimiento de las paredes de la Facultad de Medicina parisiense, marrón y gris; y finalmente de pinturas confeccionadas por él mismo, amarillo (cromato de plomo), azul ultramarino (silicato de aluminio y de sosa), verde inglés (arseniato de cobre), rojo de China (cromato de plomo), blanco de cinc (óxido blanco de cinc), con adición de aceite de lino, de esencia de trementina y de barniz, como las pinturas ordinarias.

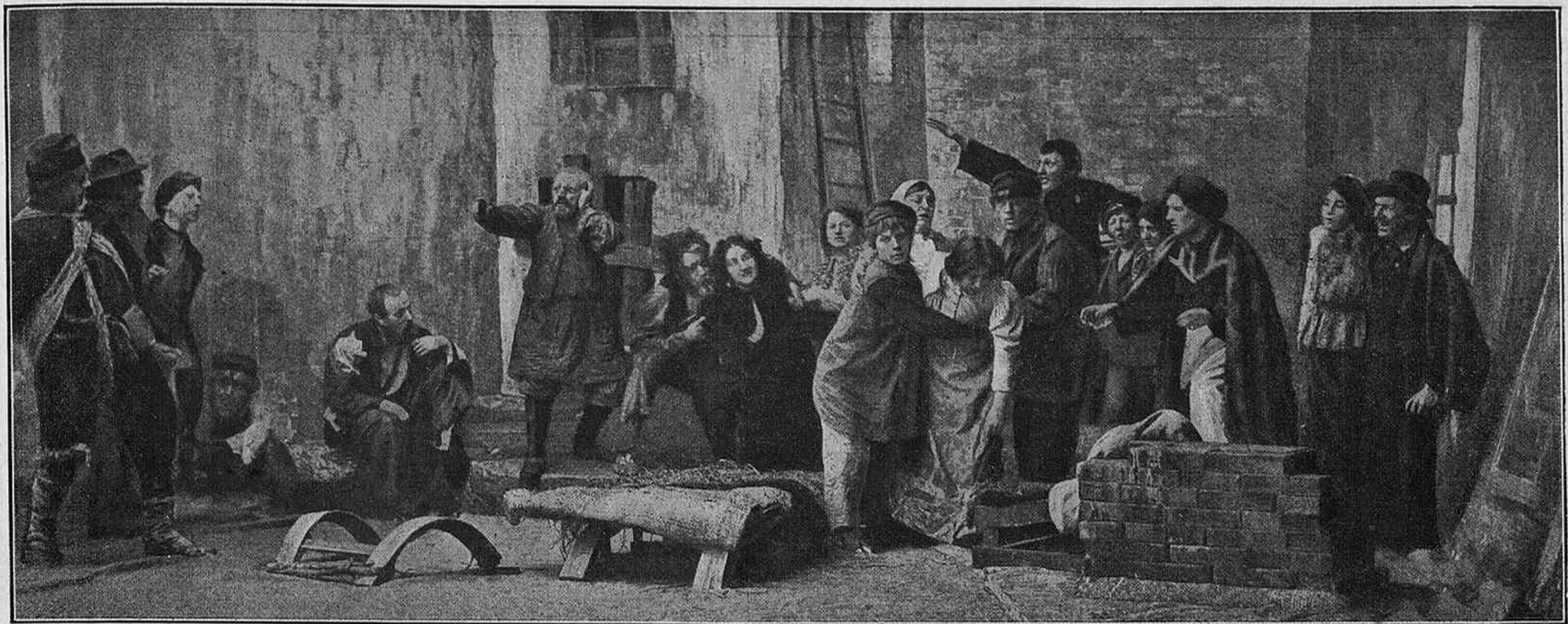
DOS ESTRENOS EN PARÍS

«DON QUICHOTTE», DE JUAN RICHEPIN

«DANS LES BAS FONDS», DE MÁXIMO GORKI

Dos acontecimientos teatrales de cierta importancia ha registrado estos días la crónica parisiense: el estreno en la Comedia Francesa de *Don Quichotte*, drama heroico-cómico en tres partes y once cuadros, en verso, de Juan Richepin, y en el teatro de l'Œuvre el de *Dans les bas fonds* (*En los escollos*), drama en cuatro actos de Máximo Gorki, traducido al francés por Halperine-Kaminsky.

Difícil empresa es trasladar á las tablas el asunto tan maravillosamente tratado por Cervantes en su inmortal libro; por grande que sea el escenario á que se han querido trasplantar las figuras del hidalgo y de su escudero, ha resultado siempre pequeño, y es porque, como ha dicho un notable crítico, hablando del estreno del drama de Richepin, «es muy difícil sacar una obra buena de una obra maestra.»



Una escena del drama de Máximo Gorki «Dans les bas fonds» (*En los escollos*), recientemente estrenado en el teatro de l'Œuvre, de París

La dificultad no ha arredrado, sin embargo, á los que á la literatura dramática se dedican; diríase más bien que constantemente los ha atraído; y así dramaturgos y compositores de diversos tiempos y diferentes países no han vacilado en dar forma escénica al *Quijote*, convertido en farsa, comedia, drama y hasta en producción lírica. Pero bien puede afirmarse que han llevado la penitencia en el pecado de su misma osadía, pues todas sus obras han muerto y yacen sepultadas en el más profundo olvido, mientras subsiste cada vez más vivo, cada vez más admirado, el gran modelo, el original sublime en que quisieron inspirarse.

Los fracasos de sus antecesores no han desalentado al eminente poeta francés Juan Richepin, que también ha caído en la tentación de hacer de Don Quijote y de Sancho Panza dos tipos teatrales. Pero como los demás, ha tropezado con los mismos obstáculos y tampoco ha sabido vencerlos: ha escogido unos cuantos episodios de la novela, y para darles el debido enlace, los ha combinado con unos amores de Dorotea, á quien hace sobrina del caballero andante, y Cardenio, alterando por completo la significación que á estos personajes dió su autor, cometiendo con ello un crimen de lesa literatura, el de enmendar la plana nada menos que á Cervantes.

Sólo hay una cosa que puede atenuar algo la culpa de Richepin, y es la forma de que ha sabido revestir su fábula, exponiéndola en bellísimos versos.

De todos modos, la obra ha tenido en París un buen éxito literario, y en este concepto de ella nos ocupamos, no sin lamentar que una vez más se haya atrevido un autor con lo que debiera ser mirado, no con respeto, sino con veneración.

A un género completamente distinto pertenece la obra de Gorki *Dans les bas fonds*, de la que hasta ahora se han dado más de dos mil representaciones en Rusia y fuera de ella. Es un drama tétrico, desconsolador, en el cual aparecen ante los ojos de los espectadores cuantos horrores, abyecciones y angustias engendran la miseria, el alcoholismo y el crimen, sin que un solo rayo de luz ilumine aquel conjunto tenebroso.

El estreno de esta obra ha dado lugar á un episodio curioso. Asistía á él, oculta casi en un palco, la eminente actriz italiana Leonor Duse; después de la representación, que obtuvo un éxito entusiasta, felicitó vivamente al director de «l'Œuvre» M. Lugué-Poe por haber puesto en escena el drama de Gorki, y le manifestó cuánto le gustaría representarlo en aquel teatro, una sola vez, en unión de la notable actriz francesa Susana Després, encargándose ésta

pel á la Després, tomando ella otro secundario, y se hicieron todos los preparativos para esa representación única, que tuvo lugar el día 23 de los corrientes. Ocioso nos parece decir con cuánto interés era esperada esta representación. En la citada noche, el Nouveau-Theatre, que es en donde funciona «l'Œuvre», estaba lleno de una brillante concurrencia, en la que figuraban no pocos artistas.

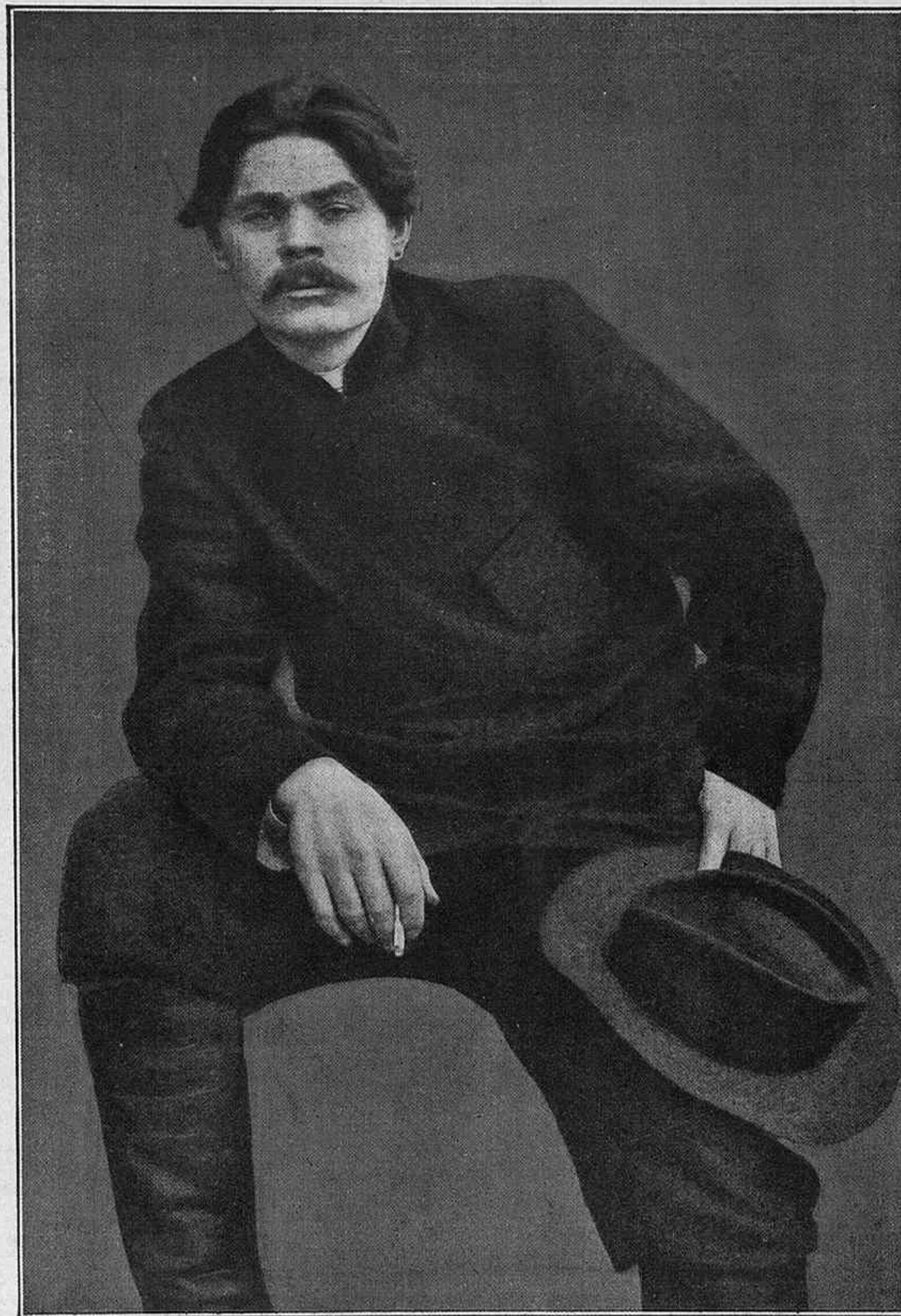
El papel de Vasilissa, de cuya interpretación se había encargado la Duse, es cortésimo; en los cuatro actos de la obra, el tiempo que este personaje permanece en escena no pasa de diez minutos, con lo cual tal vez quiso demostrar la ilustre artista que para los que de veras sienten el arte dramático no hay papel insignificante, ó que la importancia de éste no se mide por su extensión, sino por su intensidad.

Vasilissa es la mujer del pueblo, violenta, feroz, rencorosa y enamorada á la manera de los animales salvajes, y en la escena única en que interviene pide á su amante Pepel, que ya no la quiere, que á lo menos la libre de su marido, el odioso y brutal Mikhail, á cambio de lo cual consentirá en que parta con su hermana Natacha, por quien Pepel siente una pasión avasalladora.

La Duse interpretó de un modo maravilloso esta escena, expresando con una verdad hermosa y conmovedora los sentimientos tan confusos y complejos que agitan su corazón, y traduciéndolos maravillosamente en las líneas de su rostro y en todos sus movimientos y actitudes, que en los momentos culminantes rayaron en la sublimidad. Representó su papel en italiano; los demás actores dijeron los suyos en francés, y á pesar de que esta diversidad de idiomas constituye una dificultad más, y no pequeña, para que un artista se imponga al público, la Duse dominó por completo el del Nouveau-Theatre, que la aclamó con entusiasmo, tributándole una gran ovación.

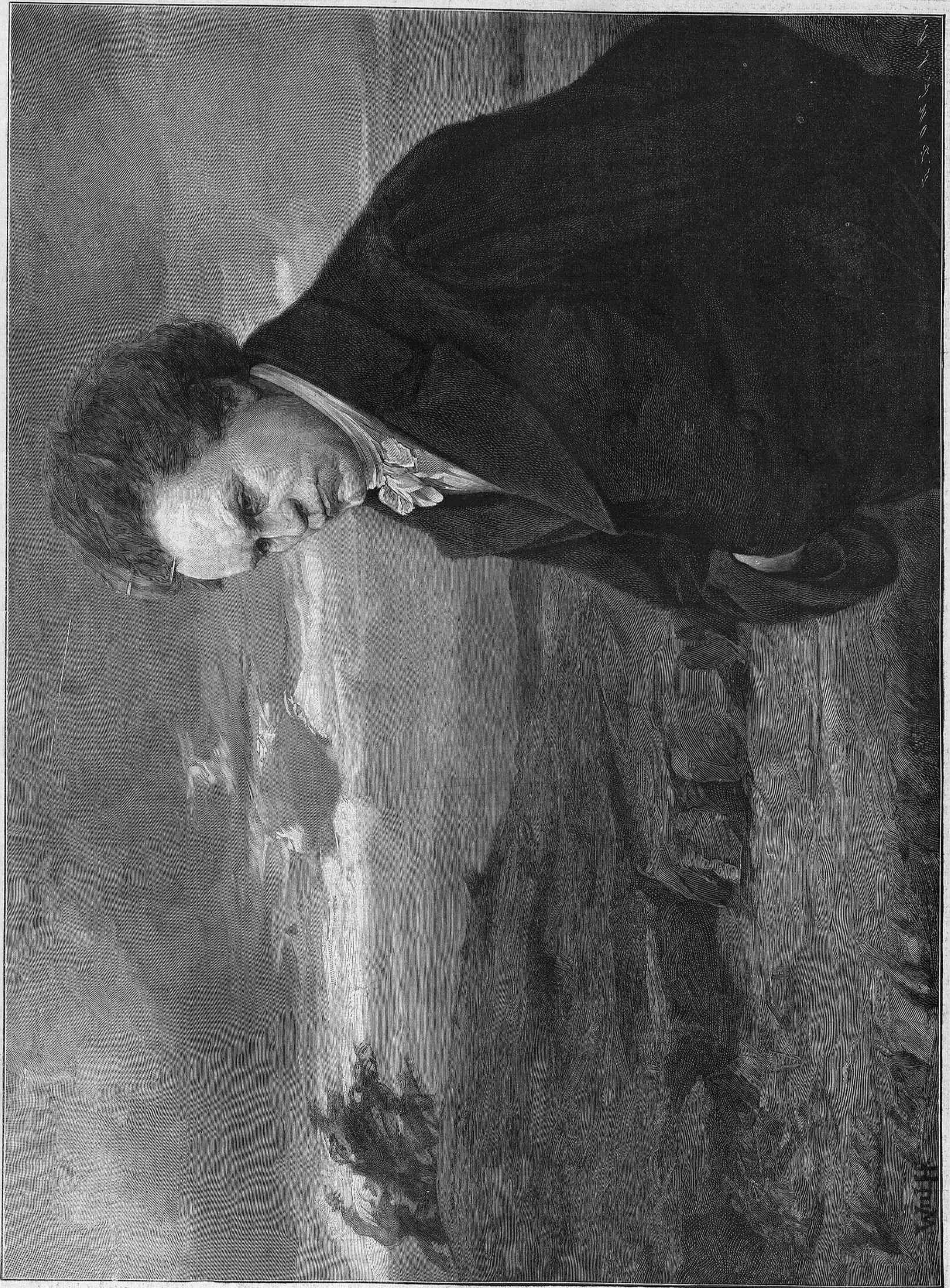
El estreno de la obra de Gorki ha dado lugar á un ruidoso incidente entre el director del teatro, M. Antoine, y la prensa, por haberse aquél opuesto á que la crítica se ocupara de *Dans les bas fonds*. Los principales periódicos parisienses han hecho el vacío alrededor del drama, no ocupándose de él para nada, y los más eminentes críticos, literatos y hasta abogados

han terciado en el asunto emitiendo sus razonadas opiniones, casi todos ellos en el sentido de que toda obra literaria y artística pertenece á la crítica desde el momento en que se representa en público.—R.



EL CÉLEBRE DRAMATURGO RUSO MÁXIMO GORKI, autor del drama «Dans les bas fonds»

del papel de Natacha (que desempeña ordinariamente la Srta. Dortzal) y desempeñando ella el de Vasilissa. M. Lugué-Poe acogió con entusiasmo la idea; accedió gustosa la Srta. Dortzal á ceder su pa-



BEETHOVEN, cuadro de M. Wulff

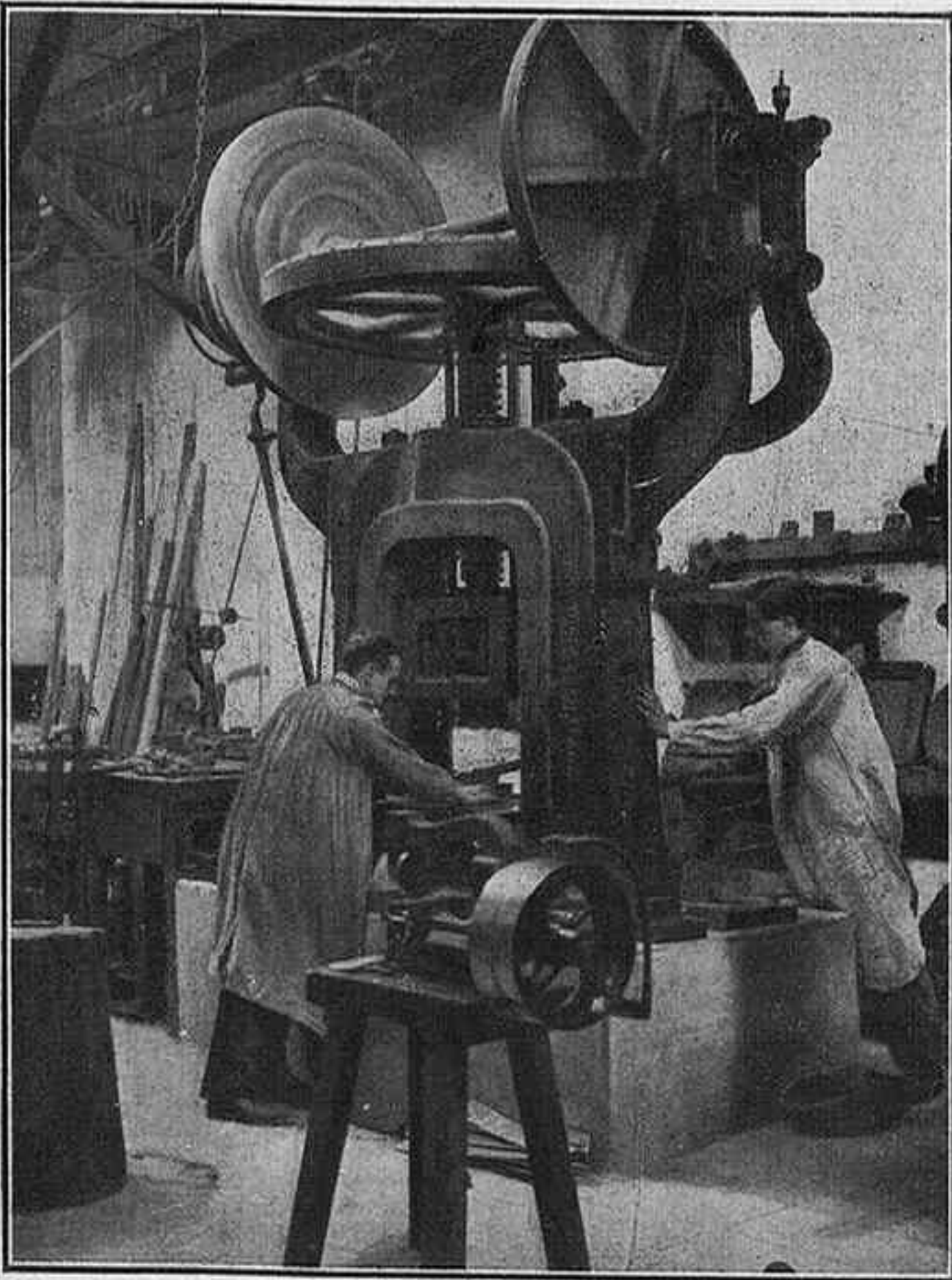


SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, cuadro de O. Berner

MEDALLA CONMEMORATIVA

DEL VIAJE DE M. LOUBET A ESPAÑA

Por encargo del ministro de Instrucción Pública y como recuerdo del viaje del presidente de la República Francesa, ha modelado el notable escultor Agustín Querol la medalla que en esta página reproducimos. En las dos caras están los bustos



TALLERES VALLMITJANA (Gracia, Barcelona)
Torno de reducción. (De fotografía de José Hernández.)

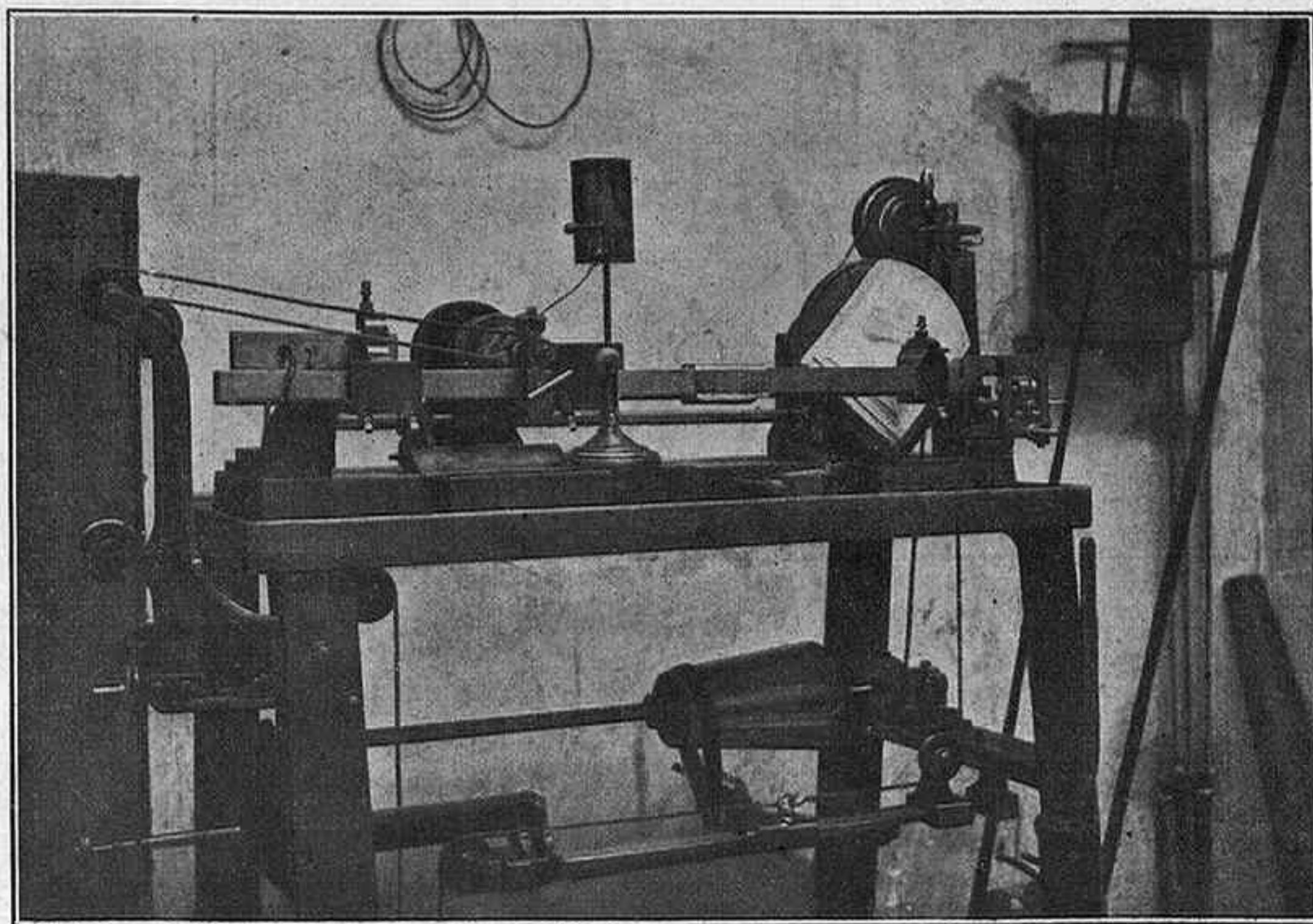
de S. M. D. Alfonso XIII, con la fecha de su llegada a París (30 de mayo de 1905), y de M. Loubet, con la de su llegada a Madrid (23 de octubre de 1905). Es una obra notable, digna del artista que la ha modelado. Se han acuñado ejemplares en oro para el presidente de la República Francesa y para la familia real, y en plata y en bronce para las demás personas á quienes se reparitarán.

Esta medalla ha sido acuñada en los talleres que el Sr. Vallmitjana tiene en Gracia (Barcelona) y que están dotados de personal inteligente y de la más perfecta maquinaria. Entre las principales máquinas con que cuentan, llaman la atención principalmente el torno de reducción y el volante de fricción: el primero reduce ó aumenta el tamaño de los bajos relieves, da más ó menos relieve á la obra que ejecuta y puede hacer que la reproducción mire en sentido inverso que el original; las reducciones pueden obtenerse en acero, oro ó marfil. El volante de fricción tiene tres metros de altura, desde el zócalo al plato de fricción, y una fuerza que le permite acuñar una medalla de gran relieve de 18 centímetros de diámetro.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 697, 704 y 705)

Día de difuntos. — Esta composición de nuestro distinguido colaborador Sr. Triadó, es una delicadísima nota de senti-



TALLERES VALLMITJANA. — Volante de fricción. (De fotografía de José Hernández.)

miento. El dolor de esa mujer que acude al campo santo á depositar una corona sobre la tumba de un ser querido, es un dolor hondo, real; las lágrimas pugnan por salir de sus ojos; de su pecho se escapan sollozos profundos, y en su rostro se pinta la desolación más intensa. Esta figura por sí sola es de las que acreditan á un artista; es tanta su belleza, que á su lado palidecen, con ser muy notables, las demás cualidades que avalloran el dibujo.

Beethoven. — Hacer un retrato de Beethoven no es empresa difícil ni mucho menos; pero hacer el retrato del inmortal maestro, darnos una imagen que fije, no sólo sus rasgos físicos y hasta si se quiere sus rasgos morales, sino que además sinteticamente lo culminante de su producción, es labor que únicamente puede llevar á feliz cima un artista muy eminente. Max Wulff, el autor del cuadro que reproducimos, la ha realizado por modo admirable, y contemplando la figura del gran compositor, no vemos á Beethoven en un momento dado, en una situación realista, sino á todo Beethoven, permítasenos la palabra, tal como sobrevive en su obra gigantesca, y nos parece escuchar los acentos sonoros y terribles de la tempestad de su *Pastoral* ó las notas solemnes de la marcha fúnebre de su *Heroica* ó los sublimes cantos á la naturaleza de su *Novena sinfonía*.

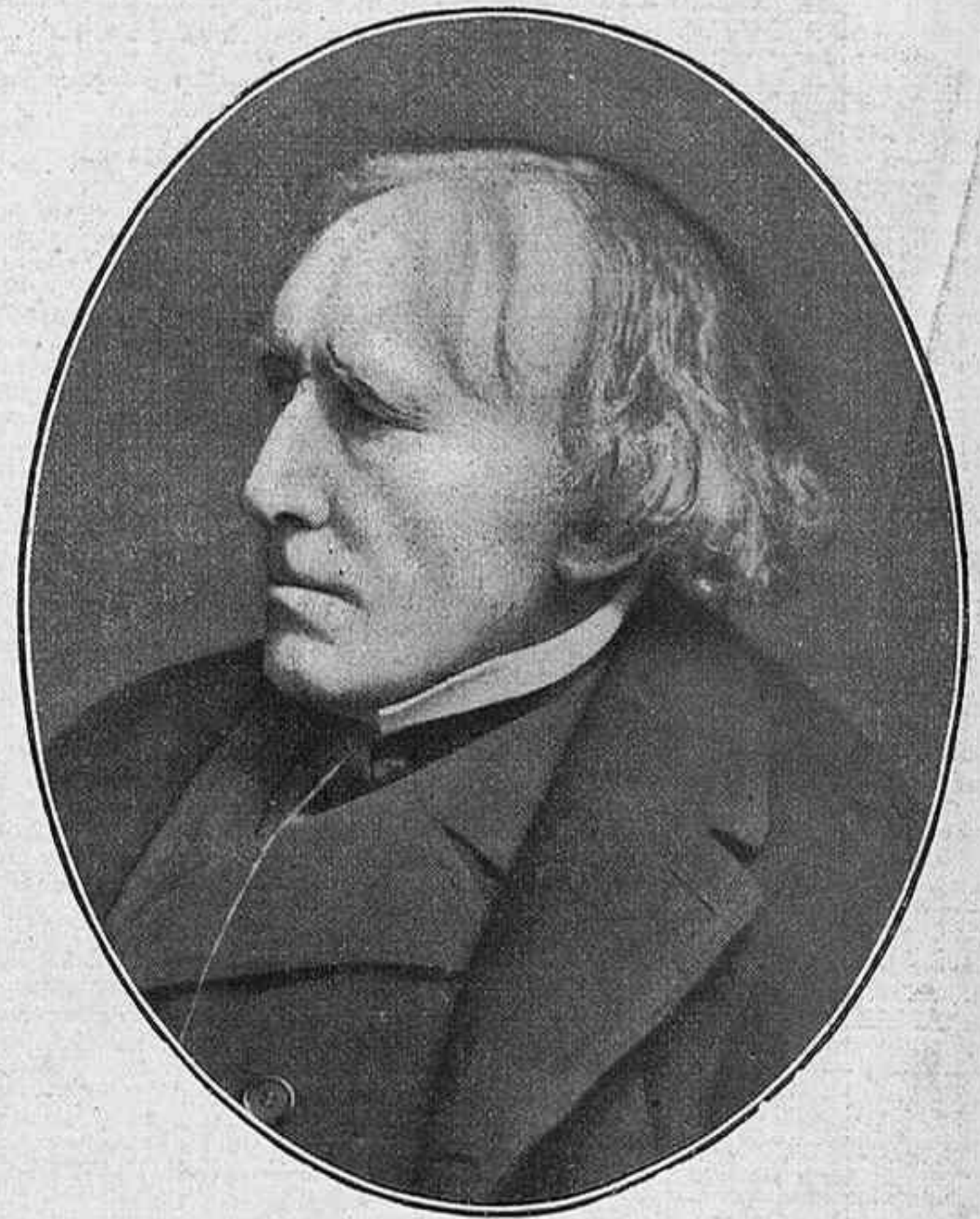
Santa Isabel, reina de Hungría. — Conocido es el milagro de la santa reina de Hungría, que, al ser sorprendida por su esposo, vió convertidos en rosas los alimentos que llevaba en su delantal para repartirlos entre los pobres. Un tema tan poético como éste necesariamente había de seducir á los artistas, y así vemos que los grandes pintores y escultores de todos los tiempos han buscado en él inspiración. El notable pintor contemporáneo alemán Berner ha rendido también su tributo al bellísimo episodio de la vida de la santa, trazando la figura de ésta con todos los encantos con que la adornan la historia y la fantasía.

ENRIQUE IRVING

El gran actor trágico inglés Enrique Irving, una de las estrellas de primera magnitud del arte dramático contemporáneo, ha muerto hace pocos días en Bradford, al terminar la representación de *Thomas Becket*, de Tennyson, que constituía uno de los más brillantes triunfos de su carrera.

Juan Enrique Brodribb, que así se llamaba, nació en 1838 en Keinton, cerca de Glastonbury, y debutó en 1856 en un teatro de provincia, en Sunderland. En 1866 creó en Manchester el principal papel de una obra de Dion-Boucicault, y fué tal el éxito que obtuvo, que en seguida quedó contratado para actuar en el Lyceum de Londres, cuya dirección le fué confiada en 1878, organizando entonces, en unión de la céle-

brunos buenos retratos al óleo y al carbón de Cristóbal Montserrat; varias pinturas de la discípula de éste Josefa Ferré, que da en ellas muestra de poseer notables disposiciones para el arte, y cinco paisajes de P. Viver, que son otras tantas notas bellísimas y hondamente sentidas de la naturaleza.



EL EMINENTE ACTOR INGLÉS ENRIQUE IRVING, fallecido en Bradford el día 13 de los corrientes

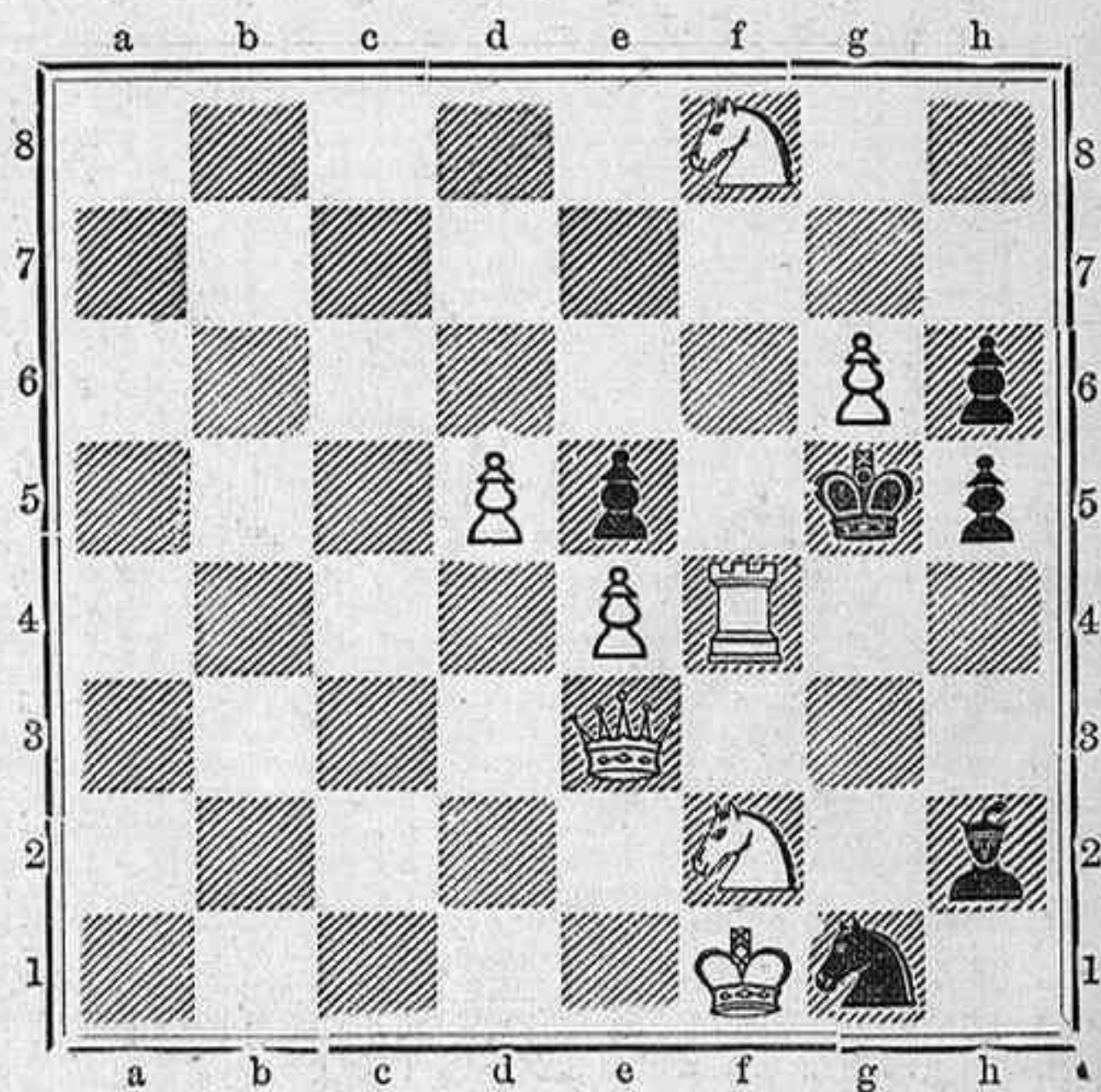
Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Es imposible pensar en tot*, proverbio en un acto de Alfredo de Musset, con decorado de Antonio García; *El malalt imaginari*, comedia en tres actos de Moliere, muy bien traducida al catalán por José Carner, y admirablemente puesta en escena bajo la dirección de Gual, y *La Fustots*, cuento popular, con bonito decorado de Urgellés é inspirada música de Lambert: en Novedades *El triunfo*, drama en cuatro actos de Bracco, en el que ha alcanzado un nuevo y grandioso triunfo el eminente actor Sr. Garavaglia: en Romea *Comedia d'amor*, comedia en dos actos de Pompeyo Crehuet, y *Aucellots de rapinya*, comedia en un acto de K. Franquesa; y en el Eldorado *El alma del pueblo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de José López Silva y Carlos Fernández Shaw, y música del maestro Chapí.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, Boulevard des Capucines, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 404, POR K. ERLIN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 403, POR M. HAVEL.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rg2-f3 | 1. b5-b4 |
| 2. Tc1-c6 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. C ó D mate. | |

VARIANTES

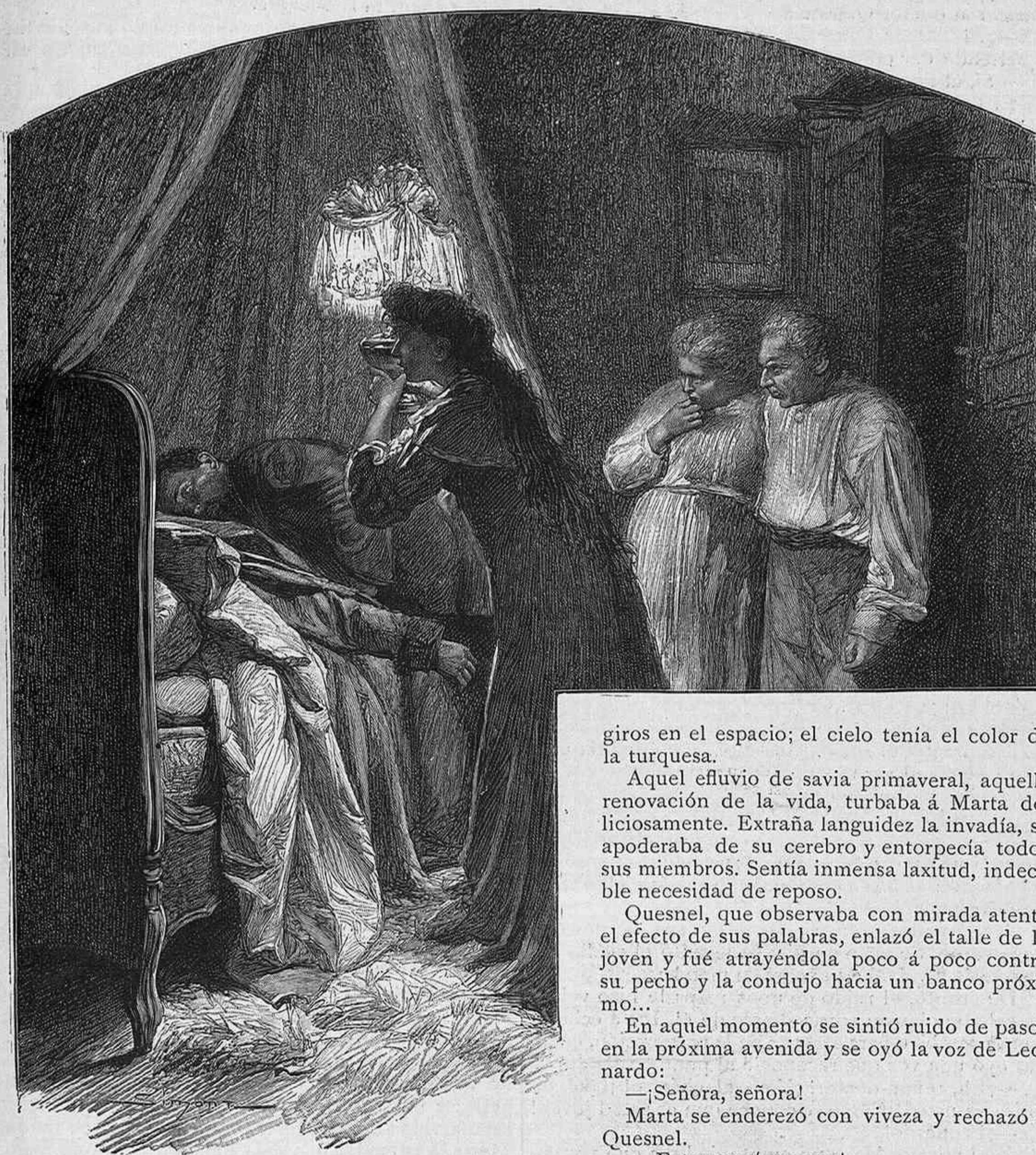
- | | |
|----------------------|-------------------------|
| 1..... R d6 x e5; | 2. A f2-g3 jaq., etc. |
| 1..... C b3 x c1; | 2. D f7 x d7 jaq., etc. |
| 1..... C b3-d2 jaq.; | 2. R f3-f4, etc. |
| 1..... C b3-d4 jaq.; | 2. R f3-e4, etc. |
| 1..... C b3-c5; | 2. T c1 x c5, etc. |

bre actriz Ellen Terry, las representaciones shakespearianas, que tanto llamaron la atención del público londinense.

Era Irving un devoto entusiasta de Shakespeare, á cuya obra consagró todo su genio y toda su voluntad, proponiéndose y logrando popularizarla y hacerla comprender y sobretodo amar. Intérprete inolvidable de las principales tragedias del inmortal dramaturgo, á ellas debió sus triunfos más grandiosos. Inglaterra estaba orgullosa, y con razón, de su autor predilecto. El rey le había otorgado el título nobiliario de baronnet y la Universidad de Oxford le nombró doctor.

Al tener noticia de su muerte, el rey y la reina enviaron un sentido pésame á su familia y el pueblo inglés ha pedido unánimemente que se diera sepultura á su cadáver en Westminster, lugar reservado á las más ilustres glorias de aquel país, y en donde su mausoleo se alzará junto al de Gladstone.

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón París.* — Se han expuesto recientemente en este Salón el precioso cuadro de Ramón Ribera, que reproducimos en el número 1242 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; tres plafones decorativos de Gaspar Camps, con sendas figuras femeninas gallardamente dibujadas y de una gran riqueza de color; un busto bien modelado por Rocamora; una serie de paisajes de Ivo Pascual, llenos de poesía y sobriamente pintados;



Se inclinó luego para auscultarle el corazón

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUE

ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

—Sí, Marta, usted me quiere, dijo el doctor habiéndola tan de cerca, que su hábito hacía mover las negras hebras del cabello de la joven. En vano trata usted de convencerse de que le soy indiferente: no conseguirá usted engañarme, á mí, que no vivo sino para usted, que no tengo ni pensamiento, ni fuerza, ni voluntad lejos de su lado; á mí, que renunciaría á todas las alegrías de este mundo por entrever un resplandor de ternura en el claro espejo de sus grandes y hermosos ojos llenos de ingenuidad... Sí, usted me quiere, y la prueba de ello es que, obedeciendo á un quimérico error que no adivino, quiere usted alejarme de su lado... Pero es inútil, créame usted, que trate de romper el lazo misterioso que nos une, que nos encadena el uno al otro: no es posible la separación de dos seres que se adoran y que no tienen más que un deseo: decirselo y repetírselo á cada instante.

Insensiblemente y sin que ella lo echara de ver, Quesnel había llevado á Marta, durante la conversación, detrás de un bosquecillo de lilas. En la seguridad de no ser visto desde la casa, había asido una de las manos de la joven y se la tenía estrechamente oprimida, sin que ella intentara desprenderse de él.

La atmósfera estaba templada y en calma; los castaños estaban cubiertos de blancas flores; las lilas exhalaban su perfumado aliento; los alados insectos zumbaban por encima de las plantas; las recién llegadas golondrinas trazaban con su vuelo caprichosos

giros en el espacio; el cielo tenía el color de la turquesa.

Aquel efluvio de savia primaveral, aquella renovación de la vida, turbaba á Marta deliciosamente. Extraña languidez la invadía, se apoderaba de su cerebro y entorpecía todos sus miembros. Sentía inmensa laxitud, indecible necesidad de reposo.

Quesnel, que observaba con mirada atenta el efecto de sus palabras, enlazó el talle de la joven y fué atrayéndola poco á poco contra su pecho y la condujo hacia un banco próximo...

En aquel momento se sintió ruido de pasos en la próxima avenida y se oyó la voz de Leonardo:

—¡Señora, señora!

Marta se enderezó con viveza y rechazó á Quesnel.

—¡Estoy aquí, ya voy!

Y deshaciendo con ligeros golpes de sus dedos las arrugas de su falda, dijo con rapidez y en voz baja:

—Váyase usted: es necesario que no lo vean.

—¿Por dónde?

—Por la puerta que da al callejón: la llave está colgada de un clavo, á la derecha.

Dicho esto, Marta fué á reunirse con Leonardo que la esperaba en medio del jardín.

—El señor está impaciente, exclamó Leonardo en cuanto vio á la joven: hace más de un cuarto de hora que por orden suya estoy buscando á usted.

—Voy á escape, dijo Marta lanzándose hacia la casa, satisfecha por escapar á la mirada inquisitorial de Leonardo.

Este siguió tras ella refunfuñando.

—Algo pasa aquí que no es natural. La señora no tiene costumbre de permanecer tanto tiempo en el jardín, ni de ocultarse en la espesura: esto sin contar con que, al salir de ella, ofrecía un aspecto muy singular.

Quesnel esperó, para dejar su escondite, que hubiera desaparecido Leonardo.

—¡Que el diablo cargue con él!, exclamó encolezado, ¡que ocasión tan hermosa!.. Pero en fin, Marta será mía cuando yo quiera, sobre todo, si no le doy tiempo para que se rehaga ú olvide.

Junto á la puerta encontró la llave colgada de un clavo fijo en la pared; la metió en la cerradura y descorrió el pestillo.

Al salir, vaciló un momento, fijó sus ojos en la llave, hizo un movimiento como para volverla á colgar, y luego se la metió deliberadamente en el bolsillo, y salió...

En el curso del día, Marcelina llevó una carta del doctor, en la que advertía al Sr. Mauger que no podía ir á verlo hasta el siguiente día en razón á haber sido llamado súbitamente á la cabecera de un enfermo.

VI

El doctor Quesnel tenía la costumbre de encerrarse, después de comer, en su gabinete, en donde leía

los periódicos ó escribía artículos sobre Medicina para las revistas técnicas, cuya retribución aumentaba sus menguados recursos.

Aquella tarde estaba nervioso, inquieto é incapaz de fijar su atención. Después de recorrer con mirada vaga dos ó tres periódicos, se sentó ante la mesa, pero las ideas no acudían á su imaginación. Fué desgarrando una tras otra todas las cuartillas emborronadas y arrojándolas al cesto con ademán de cólera: dejó la pluma y salió de la casa sin objeto determinado, para satisfacer tan sólo la necesidad de movimiento, para distender los nervios por medio de la fatiga corporal. Tomó por la calle de Froide y la de las Cuatro Naciones y llegó al Coso: daban las once en el reloj de la catedral.

El paseo estaba desierto: algunos faroles, muy distanciados entre sí, alumbraban débilmente la larga y espaciosa avenida.

Quesnel marchaba á paso lento, con la cabeza inclinada y las manos metidas en los bolsillos del pardés; siquiera la noche estuviese muy templada: iba, sin fijarse en el camino que seguía, absorto en sus reflexiones.

Pensaba en la entrevista que había tenido con Marta aquella mañana, debida únicamente á una feliz casualidad, pues al ir á visitar al Sr. Mauger, lo menos que podía presumir era que había de encontrar á la joven en el fondo del jardín. La ocasión, tanto tiempo perseguida, y que él desesperaba de poder provocar, se había presentado por sí misma en condiciones tan favorables como era posible desear: otra casualidad funesta había hecho que surgiera Leonardo en el momento preciso en que Marta estaba á disposición suya, en que iba á lograr su objeto, á realizar la primera parte de su programa...

Sin dejar de renegar de aquel importuno, Quesnel recordó sus impresiones. Verdad es que Marta no era hermosa, pero ¡tenía un encanto tan sugestivo! ¡Sus ojos húmedos y semi-velados por sus largas pestañas brillaban con resplandor tan intenso entre los párpados palpitantes!

Al recordarlo, Quesnel se olvidó de sus proyectos y de sus cálculos: completamente embargado por la imagen que sus recuerdos evocaban, no pensó más que en Marta, y la deseó por ella misma, fuera de toda otra preocupación.

Al llegar á la esquina de una calle, levantó la cabeza y se detuvo. En la placa esmaltada de azul que estaba incrustada en la pared, leyó: *Calle de Bosnieres*, y murmuró:

—Voy á pasar por debajo de las ventanas de su casa para regresar á la mía.

Se sonrió interiormente de aquella coincidencia.

¿Coincidencia? ¿No era, más bien que pura casualidad, una fuerza misteriosa, un impulso de su ser inconsciente, lo que había dirigido sus pasos hasta aquel sitio?.. Su mano tocó, en el fondo del bolsillo, la llave de la puerta del callejón, que metió en él aquella mañana misma.

Dos ventanas de la fachada principal de la casa destacaban su rectángulo luminoso de la masa sombría del conjunto: una de ellas, la del cuarto del señor Mauger, estaba alumbrada por una lámpara de noche; la otra, la del cuarto de Marta, brillaba con luz más viva, y ésta fué la única que llamó la atención de Quesnel. Petrificado en un rincón oscuro, fijó en ella sus ojos hipnotizados.

Las ideas entrechocaron en su cerebro. Marta no dormía aún. ¿Por qué no dormía? Sin embargo, ya era tarde. ¿Qué pensamientos podían tenerla desvelada?.. ¡Pensaba, sin duda como él, en el beso de aquella mañana, en aquel instante delicioso y fugitivo que tal vez no volviera á presentarse nunca! ¿Nunca? ¿Podiera ser posible eso estando allí Marta tan cerca de él?.. ¡Oh!.. Era preciso derribar el muro que los separaba, pero ¿por qué medio? ¿El medio?.. La llave, aquella llave que tenía entre sus dedos en el fondo del bolsillo. Le bastaba querer para conseguirlo... La tentativa no tenía nada de peligrosa: abrir la puerta del callejón, atravesar el jardín, entrar en la casa y meterse en la habitación de Marta. Él conocía el camino por haberlo recorrido á diario cerca de seis meses: no tenía, pues, riesgo alguno de equivocarse.

Aún vaciló durante algunos momentos. ¿Qué diría Marta al verle entrar en su cuarto? Tal vez la sorpresa le arrancara un grito, una voz pidiendo socorro... Pero no: lo reconocería al verlo, y el miedo de ser sorprendida le haría callarse.

Una brusca aparición lo decidió: en el marco luminoso de la ventana, detrás de los blancos visillos que cubrían los cristales, se destacó en sombra la silueta de una mujer. Tranquilamente y sin sospechar que era espía, Marta había empezado á desnudarse.

Una oleada de sangre afluyó al cerebro de Ques-

nel: golpeáronle las sienes; se ofuscaron sus ideas: Deslizóse como un loco por el callejón de Haldot y llegó á la puerta del jardín por aquel lado. Buscó febrilmente la cerradura tentando con la llave; dió con ella, abrió y se internó en el jardín.

Exploró los alrededores con mirada rápida, y luego, seguro de que no había nadie, avanzó por una avenida, dió vuelta á la casa, subió la escalinata, abrió con gran precaución la puerta de dos hojas que no quedaba cerrada nunca, y sin la menor vacilación atravesó el vestíbulo y llegó al pie de la escalera de piedra con barandilla de hierro.

Empezó á subirla con lentitud deteniéndose en cada escalón y levantando mucho los pies para no tropezar.

Su respiración era jadeante como si acabara de dar una carrera larga.

Al llegar á lo alto, tomó hacia la izquierda tentando la pared con la mano hasta llegar al corredor en el que estaban á un lado las puertas de las habitaciones de Marta y de su marido, y en el fondo la escalera que conducía al piso alto.

La obscuridad era profunda en el corredor. Quesnel se detuvo para tomar aliento. Recobraba su sangre fría, y empezaba á comprender que era una locura lo que estaba haciendo. ¿Qué excusa iba á dar si se le sorprendía en las condiciones de un malhechor? Aquello sería la ruina absoluta y definitiva de sus proyectos. Calculando que aún estaba á tiempo, decidió retirarse en igual forma que había ido hasta allí.

De pronto recordó la reciente aparición, la femina silueta dibujada en los visillos de la ventana de la calle de Bosnieres, y le invadió de nuevo la locura: estaba tocando ya el fin: no tenía más que dar algunos pasos... Siguió hacia adelante, pero al andar pisó un papel é hizo algún ruido. Aquel ruido ligero tomó en su imaginación las proporciones de un trueno formidable que le pareció que repercutía en todas las habitaciones de la casa. Zumbáronle los oídos, se apoyó en la pared y enjugóse maquinalmente las gotas de sudor que corrían por su frente. Quiso huir, pero le flaquearon las piernas... Pasaron algunos minutos, que fueron de angustia para él... Nada se movía; en el vasto y dormido edificio, sumido en profundo silencio, no se oía más que el desordenado latir de su corazón.

Poco á poco se fueron calmando sus terrores. Volvió á emprender su marcha con mil precauciones, rasando la pared... Debería encontrarse entonces casi enfrente de la puerta de la habitación del Sr. Mauger... Una sutil raya de luz que filtraba por debajo de una puerta, lo confirmó en sus sospechas... Sus ojos se fijaron en otra raya más clara, cuyo brillo, aumentado por el contraste de la sombra densa del corredor, le fascinó... Se imaginó que no podría seguir adelante, que una fuerza invencible se lo impediría...

Por un momento creyó percibir ruido en la habitación. Prestó atento oído... ¡Nada!.

Se reprendió interiormente por su debilidad, indignado contra sus nervios, que con tanta facilidad se alteraban. Tranquilizado ya, iba á proseguir su marcha, cuando una brusca y viva claridad iluminó el corredor.

Acababa de abrirse la puerta del cuarto del señor Mauger, y apareció el anciano en el umbral, envuelto en su bata de noche, con los ojos desmesuradamente abiertos, asido con una mano á la jamba y procurando coger con la otra al intruso.

Quesnel, aterrorizado, se echó hacia atrás adosándose á la pared, con los brazos caídos, las manos extendidas y temblando como un azogado ante aquella espantosa aparición.

—¿Adónde va usted?, preguntó Mauger con voz sorda apenas inteligible.

Y concentrando en un supremo esfuerzo todo el vigor que le quedaba, dió un paso hacia el doctor.

Este, á la vista de aquel brazo amenazador, fué sobrecogido de un vértigo: saltó sobre el anciano, lo asió por la garganta y lo arrojó con toda su fuerza contra el suelo: después, súbitamente rehecho, se lanzó hacia la escalera.

En aquel mismo instante apareció Leonardo con una bujía en la mano. Iba á lanzarse en persecución del fugitivo, pero lo detuvo la vista del cuerpo del Sr. Mauger. Inclínose para levantarlo. Junto al sitio en que descansaba la cabeza se iba extendiendo por el suelo una mancha de sangre.

Leonardo dió voces llamando. Acudieron primero Virginia y luego Marta.

—¿Qué pasa, Dios mío?

—Lo que pasa es que el señor se ha caído y se ha roto la cabeza.

Leonardo transportó al anciano hasta su cama, ayudado por las dos mujeres.

—¡Pronto!, exclamó Marta, ¡un médico! ¡Corre á buscar al doctor Quesnel!

—¿Al doctor Quesnel?, preguntó Leonardo no queriendo dar crédito á sus oídos.

—Sí, al doctor Quesnel... ¡Corre!

El buen hombre obedeció, en tanto que Marta, desolada, se acercaba solícitamente al herido, que no daba señal alguna de vida.

Quesnel, á riesgo de romperse la cabeza, había partido por derecho á través del jardín, saltando por encima de las platabandas, pisoteando los macizos de flores, abriéndose paso por entre los espesos arbustos, tropezando con las plantas y chocando con los árboles. No decayó en su carrera hasta que hubo pasado la puerta del jardín y salido del callejón de Haldot.

Al llegar á la esquina de la calle de Bosnieres vaciló un punto acerca del camino que debería seguir para ir á su casa. El más corto era tomando á la derecha; él tomó á la izquierda en dirección al Coso.

El paseo estaba absolutamente desierto y menos alumbrado aún que cuando él lo había recorrido una hora antes. Aquella soledad y aquella obscuridad lo calmaron algún tanto. No tardó en encontrar un banco, y se sentó en él, porque le temblaban las piernas. Una vez sentado, trató de ordenar sus desquiciadas ideas.

Preciso era estar loco para haberse metido en aquella aventura, para haber entrado de noche en una casa, como un ladrón vulgar, como un... asesino... Las cuatro sílabas de esta palabra silbaron en sus oídos: ¡asesino!.. Creyó estar escuchando aún el ruido sordo del cuerpo al caer, el choque mate de la cabeza contra el suelo. ¡Asesino!.. ¿Qué habría pensado Marta al ver muerto á su marido?.. Sin embargo, quizá no hubiera muerto...; sí, posible era que no estuviese más que aturdido por la caída... Quesnel se agarraba á aquella idea como se agarra el naufrago á una tabla de salvación; pero luego pensó súbitamente: «En ese caso, cuando recobre el sentido me denunciará...»

Aquella idea le hizo estremecer: sus dientes castañetearon. Se puso en pie, se levantó el cuello del perdesús y volvió á ponerse en marcha.

De pronto, el ruido de unos pasos le hizo volver la cabeza: alguien corría detrás de él. Iba á echar á correr también para escapar de la persecución, cuando oyó una voz que reconoció al punto gritando:

—¡Eh, señor doctor! ¡Voto al chápuro! ¡Qué de prisa va usted! ¡Cómo se conoce que es usted joven!

—¡Leonardo!

—El mismo. Hace un cuarto de hora que voy corriendo detrás de usted. La señora me ha enviado á que le busque. El señor está muy grave.

—¿Ha muerto?, preguntó Quesnel con viveza.

—No sé nada: á usted le corresponde averiguarlo... Vamos, vamos de prisa.

El médico siguió á Leonardo con docilidad, sin pensamiento, como si soñara: hallábase sin fuerzas, sin energía, sufriendo la reacción de las horas de delirio por que acababa de atravesar.

Leonardo, sin dejar de andar, lo acechaba con el rabillo del ojo.

—Ha sido una casualidad que yo tomara este camino, dijo. Cuando vi, al salir del callejón, que no había nadie en la calle de Bosnieres, comprendí que usted había seguido el otro...

—¿Qué dice usted?, preguntó Quesnel con viveza, arrancado á su atolondramiento por el sentido de aquellas palabras.

Leonardo lo desconcertó.

—Digo que ha seguido usted un itinerario muy especial.

Y en seguida añadió en voz alta y natural, que acabó de desconcertar al médico:

—Vea usted, señor doctor: ya hemos llegado.

Una lámpara alumbraba el vestíbulo: ambos lo atravesaron y subieron la escalera: Quesnel iba delante.

Al llegar á la puerta de la habitación del señor Mauger, que estaba entreabierta, se detuvo vacilando. Leonardo lo empujó de una manera casi ruda.

—¿Tendrá usted miedo acaso?

La puerta se abrió de par en par, y apareció Marta enteramente pálida y con los párpados hinchados por efecto de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Gracias á Dios, doctor!.. Corra usted, corra usted.

Marta se acercó al lecho, cogió el quinqué y lo levantó en alto. Un rayo de luz fuerte hirió el amarillo rostro del anciano é hizo brillar sus ojos completamente abiertos y terroríficos. A Quesnel le pareció que la vidriosa mirada del viejo se fijaba en él y que se agitaban sus labios descoloridos.

—¿Lo salvará usted, no es verdad?, exclamó Marta con angustia suplicante.

Quesnel, sin contestarla, adelantó un paso: le fué preciso hacer un esfuerzo sobrehumano para salvar el umbral de la puerta.

Comprendiendo que lo observaban, se dominó, se acercó al herido y asiendo una de sus manos la levantó, soltándola después: la mano cayó inerte sobre el cobertor. Se inclinó luego para auscultarle el corazón; pero con tal fuerza le latían á él las sienes, que se vió precisado á emplear el tacto de la mano sobre el pecho para comprobar y confirmar su opinión. Incorporóse, por último, y con voz sin inflexión, que resonó en sus propios oídos de una manera extraña, dijo:

—¡Todo ha concluído!

Un sollozo rompió el silencio que se había hecho. Marta se dejó caer sobre el cuerpo de su marido, en tanto que el doctor se alejaba del lecho vacilando como si estuviese ebrio. Tuvo que apoyarse, para no caer, en el respaldo de una silla y luego en la cornisa de la chimenea. En el momento de llegar á la puerta, se fijó involuntariamente en el espejo y estuvo á punto de dar un grito de espanto: acababa de ver, á la luz de una bujía, su rostro cadavérico estremecido por el terror, y junto al suyo el de Leonardo, cuyos ojillos parecían leer en su alma. En la expresión del semblante de Leonardo, comprendió Quesnel que aquel hombre lo sabía todo.

VII

Más bien granja que castillo, el Gran-Roble elevaba su fachada, de un solo piso, en lo alto de la cuesta de Barville, sobre el camino de Champuis, á distancia de cinco kilómetros.

Promediaba septiembre: el sol descendía hacia el horizonte bañando con sus rayos oblicuos las pobladas copas de los árboles: los troncos de los abedules se erguían, rosáceos, hacia el cielo, teñido de púrpura por el lado de poniente, y en el terreno, cubierto de hierba fina y menuda, veíanse diseminados los arbustos. El dorado musgo que cubría el pilar que soportaba el viejo cuadrante solar, tomaba los tonos cálidos del cobre rojo. Parecían brillar centelleantes relámpagos sobre la arena de las avenidas, cuando las hojas, impelidas por el soplo de la brisa, se agitaban produciendo ligero murmullo.

Ante la casa, disfrutaban de la calma y dulzura de aquella tarde, confortablemente instalados en grandes sillones de jardín, el cura de Barville, la señora viuda de Mauger y la señorita Meriel, tía de Marta, á la cual había ésta llamado para que le hiciese compañía. Las dos mujeres bordaban un paño de altar, y el cura Graindorge, con ambas manos cruzadas por encima de la sotana, daba incesantemente vueltas entre sus dedos cortos y gordos á una enorme tabaquera de plata.

Marta había cambiado mucho desde que había enviudado. Como estaba libre, vivía mucho fuera de su casa, daba largos paseos por el campo, y el aire libre la reconstituía y fortificaba. Iban desarrollándose sus formas de adolescente: sus mejillas, más llenas, adquirían los sanos colores de la rosa. Se veía que era más mujer. También había perdido mucho de sus maneras torpes y de sus hábitos de educanda tímida: hasta el tinte melancólico de los rasgos de su fisonomía, prestaba á su rostro más gracia y más encanto.

Marta alzó los ojos para contestar al cumplido que el cura le dirigió al decirle:

—Señora, es usted la Providencia de este país: desde que ha llegado usted á él, puede decirse que no hay pobres en mi parroquia.

—Exagera usted, señor cura.

—No, señora, no exagero: digo la verdad pura.

La señorita Meriel intervino en la conversación: era persona como de cincuenta años, autoritaria, morena y recia, con sombra de bigote en el labio.

—Mi sobrina hace el bien, mucho bien, lo reconozco...; y yo la ayudo en cuanto puedo; pero de eso á decir que ya no hay pobres en Barville...

—No me refiero únicamente á las limosnas que profusamente distribuye, sino á los consuelos, á los ánimos que da á los desgraciados que ve en torno suyo. ¡Esa es la verdadera caridad, esa!

—¿Sabe usted, señor cura, dijo Marta poniéndose colorada, que está usted poniendo á dura prueba mi modestia? Voy á abandonar el puesto, por temor de caer en el pecado de orgullo.

Marta se había puesto en pie, y el sacerdote, creyendo sencillamente haberla ofendido, le preguntó con ademán contrito:

—¿Se va usted?

—Por un instante no más, respondió sonriendo, pero ahí le dejo á mi tía.

—¿Ha observado usted, señor cura, dijo la señorita Meriel en cuanto se quedaron solos, qué triste está mi sobrina? A pesar de todo cuanto hago, no consigo distraerla, y hasta me parece que aumenta su disgusto en vez de disminuir.

—¡Hace tan poco tiempo que enviudó!, exclamó el cura sorbiéndose un gran polvo de tabaco.

—Ya hace seis meses. Pero permítame usted que le diga que no comprendo en manera alguna semejante disgusto: su marido era muy viejo, estaba postrado, y junto á él no debía de ser muy agradable la vida un día y otro.

—Según me han dicho, el Sr. Mauger era muy bueno, se atrevió á ob-

jetar el cura. —Puede ser; pero tenga usted en cuenta que podía haber sido abuelo ó bisabuelo de Marta.

—¡Murió de una manera tan trágica!

—¡Eso es!, ha pues- to usted el dedo en la llaga, señor cura, exclamó la señorita Meriel con acento rápido. El Sr. Mauger observaba poco las prácticas religiosas, y la muerte vino á sorprenderle antes de que tuviera tiempo de llamar á un sacerdote. Estoy convencida de que Marta se conduce amargamente de no haber intentado atraer á su marido hacia Dios en los dos años que estuvo casada con él, y que tal remordimiento entra por mucho en su disgusto...

Cuando la señorita Meriel comprendió que había pasado para ella la edad de las esperanzas matrimoniales, se echó en brazos de la devoción, menos por convicción que por satisfacer la necesidad de su temperamento activo, que dejaba sin empleo su estado de soltera. En Champuis, donde residía, había pertenecido á todas las hermandades y á todas las cofradías. Se la había visto llevar en las procesiones el estandarte de las Hijas de María. Visitó á los pobres, asistió á los enfermos y enseñó el catecismo á los niños, pero practicaba la caridad como un deporte, sin entusiasmo, sin que en ello se interesara su corazón.

Había desaprobado, por envidia, el casamiento de Marta y se había negado á ver á su sobrina hasta que murió el Sr. Mauger; pero cuando la joven fué rica y ésta la llamó á su lado, olvidó de pronto sus rencores, ante la perspectiva de una existencia desahogada y exenta de cuidados. Se había dignado perdonar, generosamente, y ahora no encontraba palabras bastantes con que elogiar el sacrificio de Marta y su abnegación durante la enfermedad de su marido. Con el pretexto de hacer que guardara reposo absoluto y de aliviarla de los cuidados que impone el manejo de una casa, había tomado la dirección de todo, en conformidad con sus gustos autoritarios.

—Bien pudiera usted tener razón, señorita, exclamó tras un largo silencio el cura, altamente admirado de la perspicacia de su interlocutora. En todo caso, yo calmaré los escrúpulos de su señora sobrina. No debe en modo alguno exagerar su responsabilidad. La bondad divina no tiene límites. Diremos algunas misas por el alma del difunto.

El buen sacerdote tenía en mucho los piadosos sentimientos de la señorita Meriel, cuyos defectos no veía. Tenía esa candidez común á todas las personas excesivamente buenas, candidez que no les deja creer en la existencia del mal. La bondad del cura se leía escrita en su ancha, mórbida y rubicunda fisonomía, en la franca mirada de sus ojos risueños y en su frente alta y coronada de blancos cabellos.

—Le doy á usted las gracias por anticipado, señor cura, dijo la señorita de Meriel. ¡Me apena tanto ver triste siempre á mi sobrina!. Pero, silencio... Allí viene.

Marta bajaba, en efecto, las pocas gradas de la escalinata.

La melancolía, más bien que disgusto, que aquejaba á la viuda, provenía de dos causas: la había

herido cruelmente el trágico fin de su esposo, y el terror que le causó aquella muerte súbita, acreció por efecto del remordimiento. Fué el día de su entrevista con Quesnel, entrevista que ella, en su candor, no podía recordar sin ruborizarse, como de una falta cometida, cuando ocurrió el funesto accidente. La joven, en su credulidad un tanto supersticiosa, hija de una imaginación saturada aún de las leyendas del convento, no distaba mucho de ver en aquella coincidencia un secreto designio del cielo, un castigo enviado á la esposa culpable. Con el tiempo se había ido modificando el recuerdo que conservaba de su esposo. Como ocurre ordinariamente res-

—¡Un borracho!, exclamó la señorita Meriel.

Marta se había quedado de pronto meditabunda: después de un rato de silencio dijo, como tomando una brusca resolución:

—Tranquílcese usted, señor cura; mañana haré que venga un médico de Champuis.

—¿El que asistía al Sr. Mauger?, preguntó el sacerdote.

—El mismo; el doctor Quesnel... Tía, ¿quiere usted escribirle?

—Con mucho gusto, si así lo quieres tú.

—Hace usted una obra de caridad, señora, por lo que yo le doy á usted las gracias, y Dios la recompensará.

Marta no lo escuchaba, completamente admirada de su propio atrevimiento y dispuesta ya á arrepentirse de él.

VIII

Al ruido del coche, parado bruscamente ante la puerta, Marta salió de su habitación con el corazón palpitante.

«¡Por fin!, ¡era él... iba á volverlo á ver!..»

Cuando llegaba al vestíbulo, abrióse la puerta y entró el doctor, precedido de un criado. La joven sintió crecer su emoción al verlo: temblaba: su oprimida garganta le impidió articular palabra alguna: para colmo de embarazo, la sangre, agolpándosele á la cabeza, tiñó su rostro de púrpura, denunciando su secreta turbación.

Quesnel, con el sombrero en la mano, dió algunos pasos hacia ella con sereno continente y dueño de sí mismo, y luego con voz segura é indiferente, dijo, inclinándose con extremada política y ceremoniosa afectación:

—Me ha mandado usted á llamar, señora, y aquí estoy á las órdenes de usted.

Marta hizo un esfuerzo para contestar:

—Muchas gracias.

—Espero, señora, que no se tratará de usted ni de ninguno de su familia.

—No, caballero: se trata de una pobre mujer por la cual me intereso.

—Vamos á verla.

¡Qué prisa tenía por llenar su deber profesional!. Después de una ausencia de seis meses, no tenía una palabra para recordar el pasado ni un ademán ni un gesto que denunciasen su emoción ¡Ah! ¡Bien olvidada había sido la pobre Marta!

...¡Qué loca había sido en creer en la sinceridad del amante!

Sin proferir palabra, con apresuramiento un tanto nervioso, se puso Marta un sombrero de paja que sujetó con agujetas en la obscura masa de sus cabellos.

Quesnel observó, al seguir sus movimientos, que se peinaba con más coquetería que antes, y que su cuerpo había adquirido una morbidez que antes no tenía.

—Vamos, dijo Marta, bajando los peldaños de la escalinata.

El doctor la siguió silencioso hasta la verja. Tan luego como la hubieron salvado se acercó á ella y le hizo algunas preguntas con respecto á la enferma á quien iban á ver, y pidiendo otros detalles cuyo conocimiento, en el fondo, no le importaba, deseoso sin duda de que no decayera aquel motivo de conversación.

Marta le contestaba distraídamente con su pensamiento puesto en otra cosa y el corazón oprimido.

En mitad de una callejuela que daba al campo, pasaron por debajo de la bóveda de una antigua puerta carretera desprovista de hojas y entraron en una plazoleta formada por casas de piso bajo cubiertas de paja.

Los patos chapuzaban en el lodo; las gallinas huían asustadas; en las puertas, los chiquillos acechaban con curiosidad á los visitantes.

(Se continuará.)



Ante la casa, disfrutaban de la calma y dulzura de aquella tarde...

pecto á los seres tiernamente amados y que han dejado de existir, se habían ido borrando poco á poco los defectos del anciano, sus exigencias, sus ratos de mal humor y sus dolencias, para ceder el puesto á su bondad paternal, á sus buenas cualidades, y sobre todo, á su generosidad, gracias á la cual se veía Marta rica.

Al mismo tiempo, pensaba en Quesnel. El sentimiento que el doctor la había inspirado y del que no se dió cuenta sino después de aquel beso de amor cambiado en una mañana de primavera entre el perfume de las lilas, había ido creciendo en su corazón. En aquel minuto de dulce voluptuosidad había entrevisto goces no sospechados que deseaba conocer, y que, en su espíritu, no conseguía separar del recuerdo de Quesnel. Lo amaba.

Ahora bien: desde que ella salió de Champuis en la mañana siguiente del primer novenario de sus lutos, no había vuelto á ver al doctor, y esto le dolía en el alma. Posible era que el médico, por discreción, aplazara su visita para más tarde; pero Marta, sin dejar de agradecerle la reserva con que procedía, lo hubiera querido ver menos correcto y más solícito. A medida que pasaban monótonamente los días, entre su tía y el buen cura, los sueños de la joven se hacían más frecuentes. Su pensamiento volaba á Champuis hacia quien había despertado su juvenil corazón.

Cuando volvió á reunirse con su tía y con el cura, se levantó éste para despedirse. Estaba obscureciendo.

—¿No se queda usted á comer con nosotras, señor cura?

—Gracias, señora: mi vieja ama me espera: sería capaz de reñirme.

Y se dispuso á marchar.

—A propósito, dijo Marta, no nos ha dicho usted nada de la pobre Talvast, ¿cómo sigue?

—Muy mal, ¡pobre mujer! Nuestro médico parece que no entiende su enfermedad.

—Es preciso hacer que la vea otro.

—¡Bah!, exclamó la señorita Meriel encogiéndose de hombros, lo mismo sabrá otro que éste.

—A menos de que este médico celebrara consulta con otro de Champuis, se atrevió á decir humildemente el cura. Esa sí que sería una obra de caridad, señora. Piense usted en que si la desgraciada llega á morir, dejará seis niños sin más sostén que un padre que bebe con frecuencia más de lo razonable.

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—TOVAR.—VERDUGO.—XAUDARÓ

TOVAR

En la calle de San Dimas vive Tovar. San Dimas se halla dentro de la de Quiñones, que ustedes seguramente habrán oído popularizar en versos chulos



TOVAR

y coplas flamencas de autores de cuyos nombres no quiero acordarme...

Porque hay que tener en cuenta que en la referida calle está la Cárcel de Mujeres. San Dimas y junto a la cárcel, ¿tendrá esto también alguna significación?.. Pero no: en la calle de San Dimas vive Tovar, y este amigo es otro santo, aunque sin primera par-



APUNTES DEL NATURAL
LA RISA Y EL DOLOR, caricatura de Tovar

te; yo lo afirmo. Desde los balcones de su modesto y alegre cuarto segundo de artista pobre vese el patio de las reclusas: todas sucias, soeces, ordinarias, feas y miserables.

¿Serán estas presas vecinas las modelos de Tovar? Un portfolio con algunas escenas de la cárcel, bien interpretadas, podría hacer la fama de un caricaturista.

Pero me dice este antiguo amigo de quien me ocupo



AZCÁRRAGA



VILLAVERDE



VADILLO



WEYLER



MAURA
(Caricaturas de Verdugo.)

Nos hemos sentado ante una pequeña mesa repleta de libros, periódicos y dibujos. Uno de los volúmenes es de un autor italiano, que extensamente escribe de la caricatura; entre otros cartones están



COSAS DEL MUNDO.—LA ÚLTIMA PALABRA DEL PROGRESO
SE CRÍA UN HOMBRE PARA LLEVAR UN PERRO,
caricatura de Tovar

encuadrados unos años del popular semanario satírico *Don Quijote*. Tovar hojea todo su trabajo pasado, muerto y sin casi recuerdo. Y por la gran página veo desfilan como en película de cinematógrafo á Sagasta, con su tupé y su rapada barba nitida; á Silvela, con su volteriana sonrisa y daga al brazo; á Cánovas, á Castelar, á Canalejas, á Morret y á otros políticos, ya física, ya moralmente muertos también.

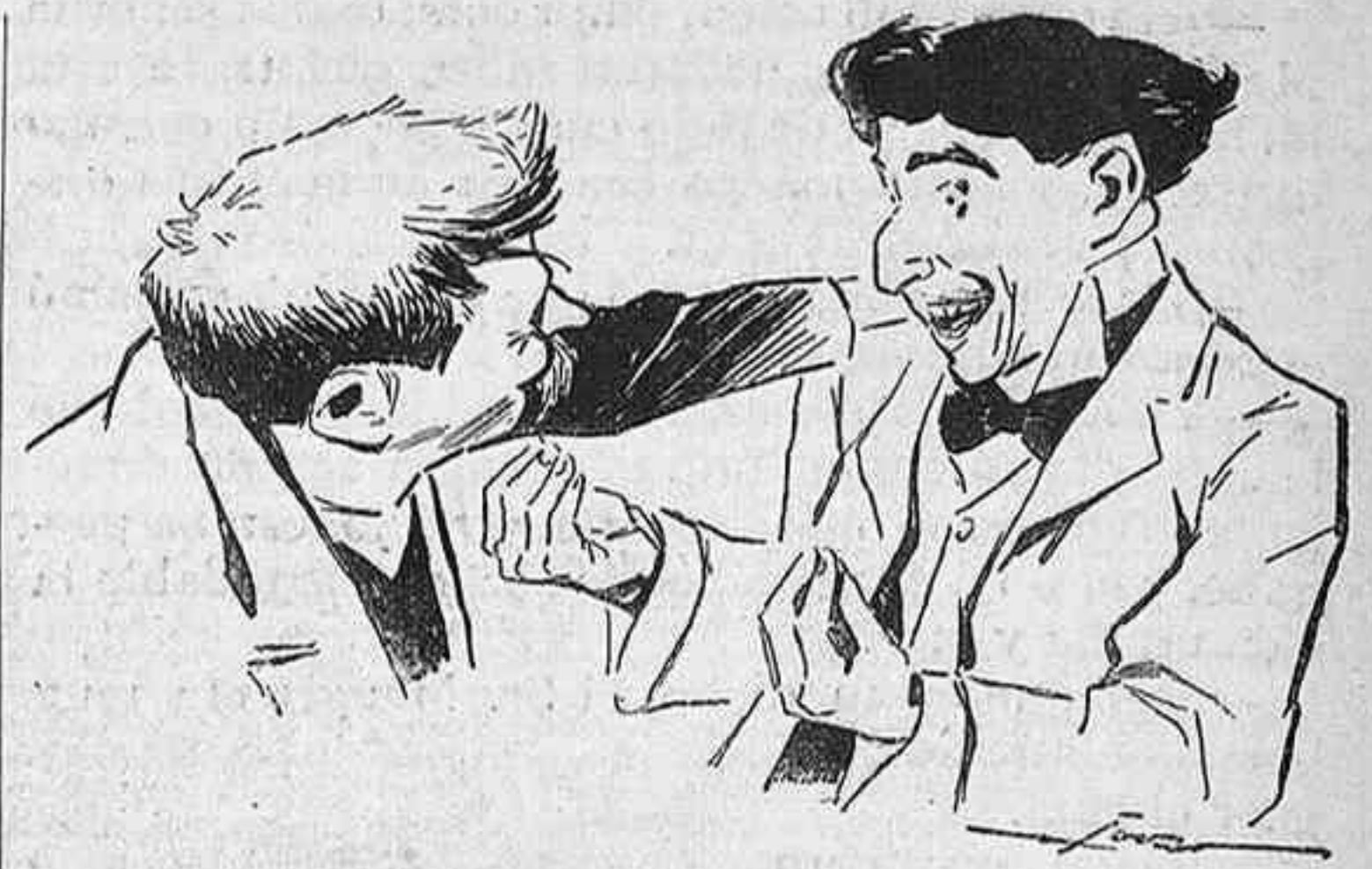
La obra de Tovar en *Don Quijote* fué

que no hay caracteres algo extraordinarios ni tipos en estas

desgraciadas. Son la mayor parte quincenarias ó delincuentes que aguardan la condena. Después pasan á los presidios, donde seguramente no sería difícil encontrar buenos modelos...

Los dibujos de este caricaturista son correctos, agradables, graciosos y sin pretensión. Él cuida é intenta siempre que las caras de sus «monos» tengan espíritu, y muchas veces lo consigue.

Tovar es gran admirador de los artistas alemanes Bruno Paul, A. Roesler, Pomernaz y G. Thöny. Dice que ellos, con algún inglés, Bramn, y otros americanos, Gibson, son los maestros de la caricatura.



APUNTES DEL NATURAL
LA SORPRESA Y LA ADMIRACIÓN, caricatura de Tovar

Como Tovar, creo que los alemanes, si no son los más grandes maestros en la caricatura, son indudablemente artistas que enseñan mucha gracia y arte con sus dibujos.

VERDUGO

Hace años, cuatro ó seis no más, vino de Málaga á Madrid una familia muy estimable de artistas. El jefe de ella, un señor ya anciano, había sido toda su



VERDUGO

vida periodista, director de *Las Noticias*, en la bella ciudad de Andalucía. Y en este diario, hecho con algún arte y sin ideas de lucro, perdió el padre de los Verdugo

bastantes miles de pesetas. Resolvió, en su consecuencia, el Sr. Verdugo, aburrido y hastiado, abandonar su noble empresa y trasladarse á Madrid para que sus hijos escogieran en la corte digno oficio. Familia de artistas dije al principio. Y como el padre, lo eran ya por aquel entonces también sus tres hijos, muy jóvenes aún. Fijaos: el uno era el confeccionador del periódico; el segundo dibujaba los «monos,» las notas políticas y amenas en el mismo diario, y el tercero ayudaba á sus hermanos en todo, ó si su auxilio no era preciso, dedicábase á pintar en grande bellas, escogidas, poéticas, bravias marinas copiadas del mar de Málaga.

Llegó á Madrid la paisana familia. Al principio, lo recuerdo, sus ahincos, sus aficiones, sus vehemntísimos deseos de hallar apropiado trabajo, no se vieron coronados por el éxito; pero al fin fueron co-

locándose los hijos. Hoy todos trabajan, y su laboriosidad y talento se tiene aquí en mucha estima. Uno es regente de *El País*; otro, el marinista, estuvo de redactor en *El Gráfico* y ahora lo es del *Nuevo Mundo*; y el tercero, el menor de todos, es el caricaturista tan conocido, confeccionador y redactor-jefe también del popular semanario ha poco citado.

Era necesario este preámbulo para que los lectores conocieran las envidiables condiciones, el afán de trabajar, el tesón, el cariño al arte que distingue gallardamente a esta familia.

Los Verdugo han hecho bien: yo los aplaudo. Si no se venden cuadros hay que hacer pequeños dibujos de actualidad para las Revistas; confeccionar planas, componer fotografías, la letra de una imprenta, ¡todo!, antes que perecer en la contienda.

Gracias á esto, á su prematuro olvido de hidalguía y pereza meridional, puedo yo hoy escribir, con sus nombres y honrosa historia, estas modestas cuartillas.

De lo mucho que vale el caricaturista Verdugo, muestra os darán sus agradables dibujos á este texto unidos.

XAUDARÓ

Esta es otra máquina de hacer «monos,» semejante á la popularísima de Rojas, de quien ya os he hablado.

Y qué lástima da conocer cómo trabajan estos artistas: dibujando al vuelo de todo y para todo, sin fijarse ni en los detalles ni en el fondo; qué lástima da, digo, si pensamos que con sólo un poco que estudiasen estos estimables jóvenes, ya que tienen talento y gracia, serían otra cosa, ganarían más por

Es sencillamente que nuestros ojos, que admiran lo bello, hojean á diario revistas extranjeras, y en sus páginas topan con trabajos artísticos muy notables de caricatura que firman Hermann Paul, Forain, Abel Faibre, Rouveire, Steinley y Caran d'Ache. ¿Cuántas historietas, dibujos trascendentales y

graciosos, como los que éstos hacen, no podrían componer nuestros caricaturistas con un poco de estudio?

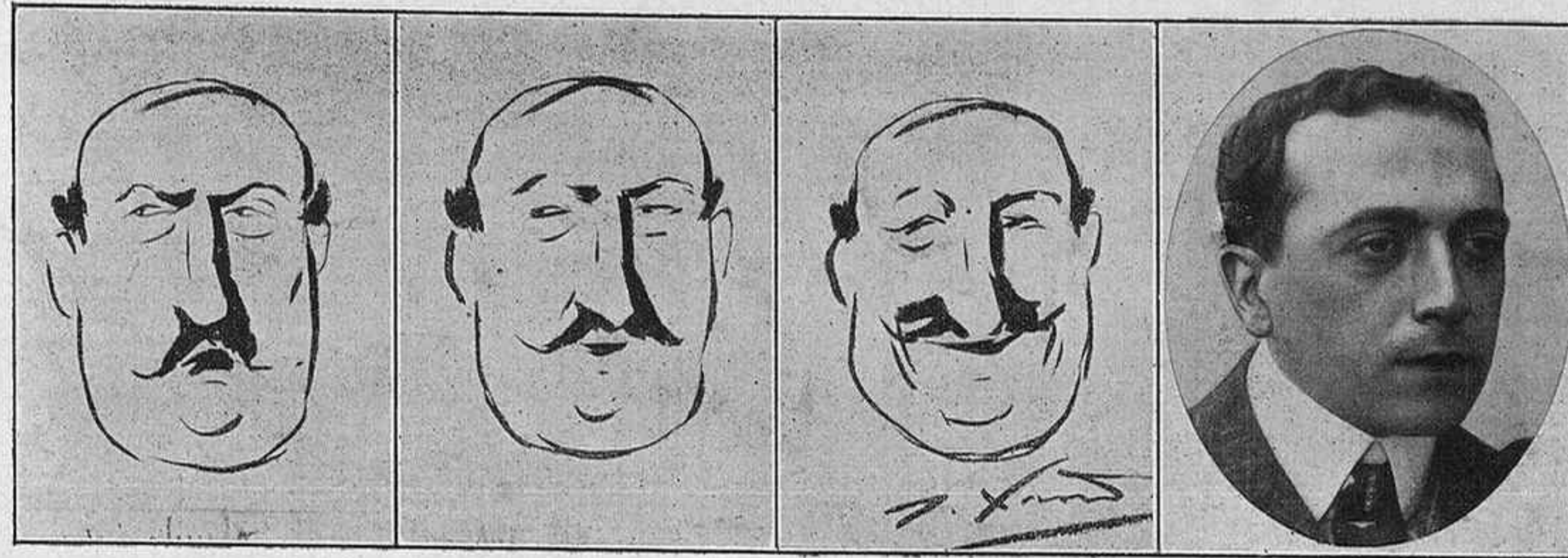
Xaudaró, por su educación y gusto, imagino no sería de los últimos en lograr este resultado.

Vino el caricaturista de Barcelona á Madrid á ocupar un puesto en un semanario, y en esta redacción continúa aún. Todos los sábados descubriréis alguna plana compuesta por Xaudaró. Sus dibujos nos son conocidos, sin que sea necesario que su autor los firme.

De todo lo que este artista ha publicado, lo que yo creo más digno de estimación son los originales de su primera época, cuando colaboraba en *Barcelona Cómica*. Después, sólo unas planas bien estudiadas de asuntos japoneses llegan á causarnos sensación agradable. Ahora el dibujante ha emprendido otros rumbos, tal vez para acreditar su paciencia y conocimiento en las ciencias exactas. Su panorama de Puerto Arthur, en el *Recreo*, es cosa admirable; pero que en nada se relaciona con la caricatura...

MANUEL CARRETERO.

RASGOS DE UNA FAMILIA



MI ABUELO

MI TÍO

MI PADRE

Yo

(Caricaturas de J. Xaudaró.)

sus trabajos y sus nombres cubriríanse de gloria, de una gloria verdad, justa, bien asentada... Como personas sinceras emitimos nuestro modesto juicio, y el lector ha de recordar—hacemos esta observación con verdadera pena—que en uno y otro apunte nuestro, pobres, insignificantes líneas de presentación de un artista, hemos consignado la falta de estudio que bien á las claras dejábase ver hasta por el vulgo en casi todos los trabajos de nuestros caricaturistas.

Y no se basa esta crítica pesimista en que nuestros estudios sean más ó menos profundos en la materia.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

Edición protusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y obras de arte más célebres, etc., etc.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos*, los *Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESSOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B-S-Denis, 10

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUER



M. JACOBO FAURE, VENCEDOR DEL GRAN PREMIO EN EL CONCURSO DE DISTANCIA ORGANIZADO POR EL AERO-CLUB DE PARÍS Y CELEBRADO EN LOS DÍAS 15 Y 16 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de M. Rol y C.^{as})

El Aero-Club de Francia ha organizado recientemente en París una gran fiesta aeronáutica, un concurso de distancia, á beneficio de los damnificados por los terremotos de la Calabria, que se celebró en el jardín de las Tullerías.

La fiesta tuvo un éxito completo, así por el número de aeróstatos de varias naciones que en ella tomaron parte, como por el público inmenso que acudió á presenciársela y por los resultados que en ella han dado las ascensiones realizadas. El tiempo se mostró por demás desfavorable, pues el viento y la lluvia dificultaron extraordinariamente las operaciones de henchimiento y lanzamiento; pero gracias á la acertada dirección de los miembros del citado club y á los progresos que ha hecho últimamente la locomoción aérea, todas las dificultades fueron vencidas, y á la hora señalada lanzáronse al espacio los quince globos que en el con-

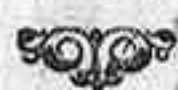
curso figuraban. A las tres y cuarto de la tarde se elevó el primer globo, el *Edén*, del francés M. Eduardo Boulenger, y á las seis y veinticuatro minutos el último, el *Cambronne*, del francés M. Edmundo David.

El gran premio de este concurso lo ha obtenido el francés M. Jacobo Faure, que tripulaba el globo *Kabylié* y que á las diez y treinta minutos del día siguiente tomó tierra en Leutschan, al Norte de Kana (Hungría), después de haber recorrido una distancia de 1.350 á 1.400 kilómetros. El segundo y el tercer premios correspondieron al Sr. Fernández Duro, español, y á M. Eduardo Boulenger, que recorrieron, el primero en su *El Cierzo* y el segundo en el citado *Edén*, 1.150 y 800 kilómetros respectivamente. Los demás aeronautas hicieron trayectos de 400 á 700 kilómetros, con una velocidad media de 80 kilómetros por hora.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIUM DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN